

L47

4601

TES Y OFICIOS

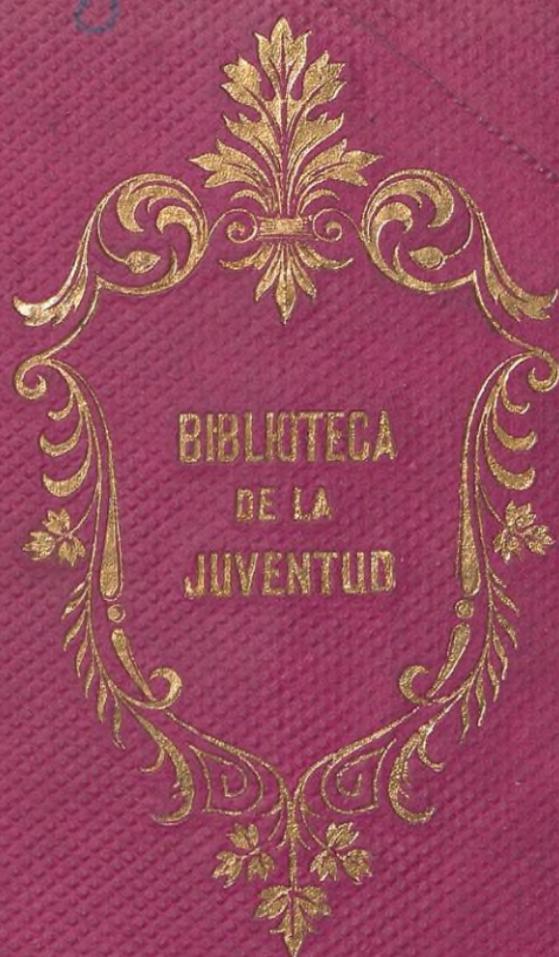
LIBRO
DE
CANTON

LIBRO
DE
CANTON

LIBRO
DE
CANTON



8879



BIBLIOTECA
DE LA
JUVENTUD





47-4601

Abril 21/70

8879

24-9^a-n^o-23.



BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD

LA
SENDA DEL DEBER

NOVELA

POR LA BARONESA DE WILSON



PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

23, CALLE VISCONTI, 23

1869

Propiedad de los editores.

REVISTA DE LA LINGÜÍSTICA

14

REVISTA DE LA LINGÜÍSTICA

NOVIEMBRE

REVISTA DE LA LINGÜÍSTICA

PARIS

LIBRERIA DE ROSS Y BOUDET

17, CALLE CONDORCET

1888

Impreso en la imprenta de la librería

LA

SENDA DEL DEBER

EL BROCHE DE TOPACIOS

I

LA PROVIDENCIA



Elisa Lopez era una jóven modesta y virtuosa, y huérfana de madre, hacia algunos años; todos sus cuidados y cariño los habia depositado en una hermana menor, que paralítica desde hacia algun tiempo, en nada podia ayudarla mas que con sus oraciones.

En cuanto á su padre, habiéndose embarcado cuando Elisa era muy niña, no habian vuelto á saber de él.

Vivian en las cercanías de la Habana, en una casita perteneciente á los dueños de una opulenta quinta, que estaba situada un poco mas lejos y los que se interesaban mucho por Elisa, admirando sus buenas cualidades.

En una apacible tarde del mes de Octubre, la jóven habia conseguido llevar hasta una pradera á su hermana, y allí en las orillas de un jugueton arroyuelo, sobre la verde yerba, estendió una cubierta de lana colocando á la pobre paralítica.

Despues Elisa cubrió la cabeza de Rosario con un sombrero de paja y se sentó á su lado continuando su bordado, labor con la que subvenia á todos sus gastos.

— Cuanto te afanas por mí, hermanita, dijo Rosario con dulce melancolía, fijando en Elisa sus ojos garzos.

— ¿Y qué seria de mí si me faltaras tú, que eres quien me presta valor y cuya resignacion es tan grande?

— ¿Acaso no debemos acatar la voluntad de Dios?

— Eres una santa.

— Y tú un ángel.

Y la rubia cabeza de Rosario se confundió con la negra cabellera de Elisa, en un estrecho abrazo.

Era un grupo digno de llamar la atencion, pues aquellas dos jóvenes, de las cuales la mayor con-

taria diez y siete años, eran el verdadero tipo del sufrimiento y fé religiosa la una, de cariño fraternal y valor moral, la otra.

La soledad de aquel sitio, esa calma con que la naturaleza se prepara para el reposo nocturno, y los rayos del sol poniente, que iluminaban aquella escena, la prestaban mayor encanto.

Un lijero ruido hizo levantar la cabeza á Elisa, y no pudo menos de sorprenderse al ver delante de ella á una señora de noble continente, y ya anciana, quien la contemplaba con ternura.

— Puedo seros útil en algo, señora, la preguntó Elisa, con su dulce voz.

— Ciertamente, pues que es á tí á quien busco.

— ¿A mí?

— Sí, hija mia, escucha : he oido muchas veces hablar de tus virtudes, de tu abnegacion casi filial, y esto ha interesado mi corazon, y viviendo sola y triste he determinado proponerte si aceptarías el vivir á mi lado.

— ¡Oh! señora! cuán buena sois y qué poco valgo yo, para inspirar ese interes : pero agradeciéndole como debo, sin embargo me es imposible aceptarlo.

— ¿Cómo? porqué?

— Nunca me separaré de mi hermana.

— La dejariamos á cargo de alguna persona, y como tendrias una buena mensualidad, podrias fa-

cilmente hacer que la cuidaran y atendieran bien.

— ¿Y todo el oro del mundo seria capaz de comprar el cariño que yo la prodigo? nunca, señora, dispensadme.

— Pero hermanita, ¿porqué renuncias al bienestar que te ofrecen? Mucha falta harías á tu pobre hermana, pero seria dichosa pensando que asegurabas tu porvenir, y rogaria todos los dias á Dios por tu protectora.

Rosario, al concluir estas palabras, miró alternativamente á la desconocida y á Elisa.

— No, no, prefiero la pobreza, pero nunca te abandonaré.

— Hermana, piensa que trabajas demasiado y que apenas puedes atender á lo necesario.

— Pues bien, trabajaré mas pero no me separaré de tí.

— Nobles corazones, exclamó la señora, no temais : he querido ver si era verdad todo lo que me habian dicho ; y jamás he tenido la intencion de separaros.

— ¿Será verdad?

— Sí, Elisa, las dos vendreis á mi lado, cuidarás á tu hermana, se la pondrá en manos de buenos médicos y tu belleza y virtudes serán mi alegría y el adorno de mi casa.

— ¡ Oh! exclamó Elisa, cayendo de rodillas,

¡gracias, Dios mio, gracias, por vuestras infinitas bondades!

Rosario, lloraba de ternura y elevaba sus oraciones al cielo.

— Mañana enviaré temprano á buscaros y hasta entonces adios, hijas mias.

La señora de Molina, que así se llamaba, se alejó conmovida y contenta de sí misma por haber hecho una buena accion, y por que nunca hubiera podido emplear una parte de su inmensa fortuna de un modo mas digno.

II

LA ENVIDIA

Durante los primeros meses, Elisa y Rosario fueron completamente dichosas al lado de la benéfica señora de Medina : las amaba con la mayor ternura y mas bien era para las dos jóvenes una madre cariñosa, que una bienhechora.

Gracias á sus cuidados, la parálisis de Rosario estaba en camino de curacion asegurando los médicos, que antes de cumplir el año de su estancia en aquella casa, estaria completamente curada.

Pero la señora de Medina tenia un sobrino, el

que bajo las apariencias mas agradables y bondadosas ocultaba un gusano en su corazon que trataba de ocultar con el mayor cuidado.

Era la envidia, que se habia despertado al presenciar el interés que aquellas pobres jóvenes inspiraban á la señora de Medina.

El corazon de Elisa, puro y noble, adivinó sin embargo lo que pasaba en el alma de Julian, pero trató, por su buen proceder y sus cuidados, de hacerle ver cuan injustamente la juzgaba, si creia que era capaz de robarle el cariño de su tia.

Una noche en que Julian salia de un círculo, cayó por las escaleras y se fracturó un brazo, por lo que fué preciso permaneciera en la cama algunos dias, durante los cuales le cuidó Elisa con el mayor esmero, con tanta bondad y paciencia, que aumentó, si era posible, la admiracion que su protectora sentia.

¡ Pobre Elisa! su abnegacion no servia sino para que Julian mirase cada vez mas en ella un obstáculo para el porvenir.

La señora de Medina poseia una preciosa quinta á donde determinó trasladarse, tanto porque el calor era muy fuerte cuanto porque Julian se restableciera, y que Rosario respirase el aire puro del campo.

A los pocos dias de haberse instalado en ella salió Elisa, y con bastante inquietud la aguardaron

sin que se presentara á la hora acostumbrada, y cuando ya pensaban enviar en su busca llegó bañada en sudor y cansada en extremo.

— ¿Qué es esto niña, de dónde vienes? la preguntó su protectora.

— ¡Ay! espero me perdonareis mi tardanza, pues al atravesar por el cañaveral de don Diego, ví á una pobre mujer que apenas podia caminar encorvada bajo el peso que llevaba : era anciana y no pude menos de ofrecerme á ayudarla : pobre-cilla, lloraba de gozo cuando la alivié de su pesada carga y me dijo : « ¡Ay, hija mia! sin tí no hubiera podido llegar á mi casa; Dios te lo pagará, por que el que tiene piedad de los ancianos puede estar seguro de que el Señor no le abandonará. »

— Ven, Elisa, dame un abrazo, exclamó Rosario enternecida.

— ¡Noble corazon que no da cabida sino á pensamientos generosos ! dijo la señora de Medina.

En cuanto á Julian, habia guardado silencio, haciendo ver en su rostro dudaba de la veracidad del hecho.

Ya completamente repuesto, decidió perder á las dos jovencitas, para con su tia.

Una mañana Elisa se ocupaba en acompañar á su hermanita, que ya empezaba á caminar aunque con lentitud, cuando oyó la voz de su protectora que la llamaba y acudió á su lado.

— Elisa, la dijo, no habeis visto mi broche de topacios que anoche deje encima de mi tocador?

— No, señora, nada he visto.

— Busca, mira si distraida la habrás puesto en tus bolsillos.

— Os aseguro que no.

— Piénsalo bien, Elisa, porque todavía podrá tener remedio.

— El que, señora, exclamó la jóven turbada confusa y roja de vergüenza.

— Cuando os he dicho, tia mia, que era una hipócrita embustera, dijo Julian con desprecio; demasiado sabeis, continuó, que el broche está en vuestro poder, y yo os lo he visto cojer.

— Dios mio, Dios mio, gritó con acento desgarrador Elisa al escuchar tan atrevida acusacion.

El sonrojo de Elisa, las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, le parecieron á la señora de Medina otras tantas pruebas de culpabilidad, y no dudó de que ella la habia robado el broche.

Las apariencias son las mismas para el inocente que para el culpable, porque el llanto de la inocencia calumniada es igual al que hace derramar el remordimiento.

— Registrad mi ropa, mirad, balbuceó la infeliz niña.

— Sí, demasiado sabes que no está allí, contestó Julian.

— Yo no soy una ladrona, no, pongo al cielo por testigo y no dudo que con la ayuda de Dios se descubrirá al calumniador.

— Salid, dijo la señora de Medina, desde este momento todo lo habeis perdido : no os presenteis jamás delante de mí.

— Mi bienhechora.... articuló Elisa sollozando amargamente.

— Borrád ese nombre, porque habeis pagado con ingratitud mis beneficios ; salid, ¿ qué os faltaba á mi lado para cometer tan indisciplinable accion?

Elisa, anonadada salió de la estancia, corrió como acometida de un vértigo á donde habia dejado á su hermana, y sin llevar ni aun lo mas necesario se alejó de la quinta sirviendo de báculo á Rosario, y arrostrando mil privaciones se dirigió á la casita que anteriormente habian habitado : pero cuanto sufrió moral y físicamente, sin embargo acataba las pruebas que Dios la enviaba, y la tranquilidad de la conciencia la prestaba ánimo y serenidad ; consolaba á Rosario, rogando á Dios por su protectora á quien ni por un momenta habia dejado de amar.

Pasaron seis meses : la señora de Medina, se quejaba amargamente de la ingratitud de Elisa, y le decia á Julian.

— No dudo de su mala accion y sin embargo yo

que la creia tan buena! tan honrada... laboriosa... parece casi imposible.

— Se portó bien hasta que logró inspiraros confianza, tia mia, contestaba Julian, gozándose en su triunfo.

La señora de Medina, desde el dia en que habia arrojado á Elisa de su casa, sentia un vacío y una tristeza inesplicable; un día pasaba por la calle de O'Reilly, cuando le pareció ver en una platería un broche igual al suyo; se acercó y ¡oh! sorpresa era el mismo.

— Decidme, le dijo al platero, podeis decirme quien os ha vendido esa alhaja?

— Ese broche es toda una historia, señora.

— ¿Cómo?

— En una huerta cerca de Guanabacoa, vive un hortelano conocido mio : hace pocos dias que sacudiendo las ramas de un tamarindo para que se desprendiese algun fruto, vimos con asombro caer este broche.

— ¡ Cielos! ¿ y cómo se llama ese hortelano?

— Juan.

La señora de Medina no escuchó mas y se hizo conducir á la huerta que era de su propiedad.

— Juan, le dijo al hortelano, ya sabes que soy buena para los que me sirven bien, y deseo me digas si Elisa ha estado aquí sola alguna vez, en los últimos dias del verano pasado.

— Largo tiempo hace que no la he visto, señora, y puedo aseguraros que jamás ha venido sola.

— La última vez, dijo la mujer del hortelano anciana y achacosa, la última vez, señora, vino conmigo, y sin su ayuda nunca hubiera podido llegar, pues la carga de frutas y legumbres era mucha y ella tuvo compasion de la pobre vieja : ¡ es tan buena !

— Ya no está á mi lado.

— ¿ Cómo ?

— Me robó, fué una ingrata...

— Es imposible, imposible, la creemos incapaz : ¡ ay ! señora, debe de haber algun misterio.

Y la pobre anciana hablaba con el acento de la conviccion.

— La víspera del dia de mi santo tuvo lugar el robo, y ahora mismo acabo de ver á un platero, que posée mi broche y dice lo encontró aquí.

— ¡ Ah ! es verdad, pero quién pudo traerlo ? nadie vino en aquellos dias, sino vuestro sobrino.

— Julian, exclamó la señora de Medina, renovando el recuerdo de las sospechas que algun dia habia tenido del ódio que su sobrino profesaba á Elisa.

— Adios, buenas gentes, añadió ; pueda ser que en este sitio haya descubierto la inocencia de Elisa.

Rápidamente se dirigió á su casa y preguntó por

Julian, habia salido y no volvió sino muy tarde; á pesar de eso su tia le aguardaba.

— Julian, le dijo aparentando calma; soy muy anciana y necesito una persona que me haga compañía, y como tú eres muy jóven y no puedes dejar á tus amigos, he determinado volver á traer á Elisa y á Rosario.

— Pero tia mia, despues de lo que sucedió no me parece conveniente os espongaís de nuevo.

— ¡Ah! temes verla? temes que la inocencia de Elisa haga ver mas palpable tu ruin venganza, demasiado sabes que es inocente.

Julian se puso muy pálido, se turbó, y no dudando que su tia habia descubierto todo se arrojó á sus piés diciendo.

— Es verdad, soy un miserable indigno de vuestro perdon; cometí esa lijereza, porque me parecia que amábais á Elisa mas que á mí, tomé el broche, y para que no se encontrara lo coloqué en el hueco de un tamarindo, calculando buscarlo mas tarde; verdad es que nada puede quedar oculto, Dios, tarde ó temprano castiga ó premia.

— Desde hoy vivirás separado de mí, pues aun cuando te perdono, tu presencia me seria dolorosa.

Inmediatamente la señora de Medina fué en busca de Elisa y de su hermana.

La encontró resignada con su suerte y ocupada en alimentar y sostener los débiles pasos de Rosario.

— ¡Oh! mi protectora, exclamó al verla cayendo á sus piés.

— Ven, hija mia, vuelve á mi lado, tú eras inocente y has sufrido sin culpa, ven, desde hoy tú y tu hermana sois mis hijas adoptivas, toda mi fortuna será vuestra y sereis el apoyo de mi vejez.

— ¡Oh! señora, mi segunda madre, á vos os debo todo, pero no quisiera causar la desgracia de nadie: perdonad á quien me ofendió, el Salvador padeció por redimirnos y perdonó á los impios que le insultaron, le azotaron y le clavarón en una cruz; perdonad pues á Julian, pues por mi parte le he perdonado.

La señora de Medina, enternecida, la ofreció lo que deseaba y aquel mismo dia volvieron á ocupar la casa de su bienhechora.

Al dia siguiente mandó á llamar á Julian, y le dijo:

— Elisa os perdona el mal que ia habeis hecho, ese ángel de virtud tiene sentimientos muy elevados y es preciso imploreis su gracia, primero porque siendo inocente por vuestra culpa apareció culpable, y despues por haber intercedido por vos y ser tan generosa.

Julian balbuceó ante Elisa algunas excusas y la jóven tendiéndole la mano, le dijo :

— Dispensadme, mi protectora os ha hecho humillaros ante una pobre niña como yo; la religion nos ordena amarnos los unos á los otros y yo, por medio de mi cariño, os haré olvidar este disgusto.

Julian, al ver tanta bondad y nobleza de alma, se arrepintió sinceramente de su mal proceder y llegó á amar á Elisa, de tal modo, que algunos años despues se unió con ella en matrimonio, siendo las virtudes de su esposa el espejo en que Julian se recreaba.

Rosario curó por completo, y la señora de Medina gozaba con la felicidad de aquellos séres.

El perdon de las injurias es la base de la religion cristiana, y la resignacion en la adversidad lo mas agradable á los ojos del Señor, que nunca olvida á los que sufren y que tal vez les envia la desgracia y las tribulaciones para probar su fé.

LA HEREDAD BENDECIDA

I

LOS DOS HERMANOS

Hace algunos años vivían en Nápoles cuatro amigas, costureras, que huérfanas y habiéndose educado juntas en su niñez, se amaban con el cariño de hermanas.

Ernestina, Fortunata, Bianca y Amina, eran no solo modelo de laboriosidad, sino también de virtud y caridad.

Con la modesta ganancia de sus labores atendían á todos sus gastos, y reservaban aun para repartir el sábado á los pobres una sopa y alguna pequeña moneda.

Apenas rayaba el alba, cuando Ernestina, que era la mayor en edad, se levantaba y avisaba á sus compañeras: Bianca salia á comprar sus frugales provisiones, Fortunata aseaba su casita, desde la que se gozaba un precioso paisaje, pues situada en un arrabal de Nápoles, se veian los lozanos y risueños pueblecitos y allá mas lejos el temible Vesubio, con su cresta azulada.

Despues de atender á sus quehaceres domésticos, cuidaban de sus personas, pues el aseo es lo mas necesario para la salud, y al dar las ocho sentábanse á coser.

Las cuatro pues, vivian felices y contentas, y los desvalidos las llamaban los ángeles tutelares.

Cuando llegaba la noche continuaban su labor las dos menores, que eran Bianca y Amina, mientras Ernestina y Fortunata se dedicaban á dar lecciones á tres niñas pobres, refiriéndolas ejemplos é historietas.

Una noche, la jóven empezó mas temprano que de costumbre su piadoso deber, y despues de las lecciones de escritura y lectura dió principio á la siguiente narracion.

—Hace como unos tres siglos, vivian en las inmediaciones de Esmirna dos hermanos á quienes Dios habia favorecido dándoles unos padres buenos y honrados, á la par que prudentes, los que dirigieron su educacion con particular esmero

Sin embargo sus caracteres eran muy diferentes; uno era dulce, pacífico, tranquilo; el otro bullicioso, algo colérico y ligero, pero ambos recibieron los mismos ejemplos de virtud, y á pesar de la diferencia de carácter, la buena educacion hizo que el resultado fuera el mismo para los dos.

Acmet y Gregori quedaron huérfanos en la edad juvenil, contando por toda fortuna una pequeña heredad, con la que debian de atender á todas las necesidades de la vida.

Se encontraban solos en el mundo sin mas consejo que el de sus propios corazones, sin otro apoyo que el de Dios, que es inmenso para las almas buenas.

En medio de la heredad, hicieron un lindero de piedras para dividirla, y cada uno de ellos se dedicó al cultivo de una parte, sembrando trigo y cebada.

Cuando Acmet cumplió veinte años se unió en matrimonio con una jóven, apacible y bondadosa, que amaba á su esposo como lo merecian sus virtudes, y á Gregori con la ternura de hermana.

Llegó un año de mala cosecha y apenas se tenían para vivir preocupándose reciprocamente de su suerte.

Una noche se encontraba Acmet en su cabaña

pensativo y cabizbajo, sentado al lado de la buena Mirian, su esposa.

— El cielo se muestra riguroso con nosotros, querida Mirian, dijo, probando que no hemos sido buenos, por que Dios jamas es injusto; no lo siento por mí sino por tí, esposa mia, por mi hermano, que no posee un tesoro como el mio que eres tú. No tiene una esposa modelo de todas las virtudes, dulce y cariñosa : mi hermano está solo y no tiene á nadie en la tierra sino á nosotros; busquemos pues un medio de reparar sus males, por que su cosecha ha sido inferior á la nuestra.

— Le ofreceremos una parte de nuestro trigo, dijo Mirian, y redoblaré mis economías.

Gregori, que todo el dia lo habia empleado en trabajar en su heredad entró en aquel momento y les dijo :

— Hermanos míos, loado sea Dios, que nos envia las tribulaciones, para que purguemos nuestras culpas... loado mil veces sea quien nos castiga, para corregirnos : vengo en su nombre á ofrecer una parte de mi cosecha, por que la vuestra es escasa y al fin sois dos, soy mas jóven y puedo luchar con la adversidad.

— Te agradecemos, hermano mio, esa oferta, tú tan cariñoso, tan bueno, tan valiente, pero precisamente cuando llegastes, nos ocupabamos de tí y pensabamos cederte la mitad de nuestro

trigo ; acepta en nombre de Dios y de nuestros padres, esa dádiva que te hacemos.

— Reconocido estoy por vuestras buenas intenciones, tú el mayor en edad, saludable rama del árbol de mi familia, renuevo de su lozana copa, flor que le sirvió de adorno, y á tí tierna tortolilla, cara mitad de mi hermano, os lo agradezco, pero en vez de admitir vuestro generoso ofrecimiento, os ruego recibais mi presente, ofrecido con toda la sinceridad del alma.

Durante dos ó tres dias trataron los dos hermanos y Mirian, de convencerse aunque inútilmente, y cuando Gregori se retiró á descansar se le ocurrió una idea.

— Si consigo, se dijo á sí mismo, que mi hermano admita mi oferta, él como su esposa, se crearán obligados á guardarme agradecimiento y cuando mejoren de suerte querrán devolverme lo que hoy les dé : pues bien me aprovecharé de su sueño y tomando la tercera parte de mi trigo la pondré en su parva.

Efectivamente, Gregori fué á donde tenia sus gavillas y en cuatro ó cinco viajes trasladó al monton de su hermano la tercera parte de las suyas, y cuando terminó tan generosa obra se acostó con esa tranquilidad propia de una conciencia satisfecha.

Apenas el sol doraba los campos de Esmirna,



y ya los dos hermanos estaban trabajando en su parva.

— Aun queda bastante trigo para el año, murmuraba Gregori, te doy las gracias, Dios mio, por haberme inspirado esa idea.

— Señor, decia Acmet, yo me lamentaba ayer sin razon, te ofendia al quejarme de la escasez, tengo trigo y me sobra para pasar el año, y es preciso lo reparta con mi hermano.

Así se espresaba cada cual, porque los bienes que Dios reparte son suficientes para tranquilizar al hombre, si no los mira con los ojos de la avaricia.

Aquella noche, cuando ya se habian entregado al reposo, dijo Acmet:

— Mirian, esposa mia, levántate y ayúdame para llevar á cabo una idea.

— ¿Qué tratas de hacer?

— Quiero que vayamos juntos á la parva y pongamos entre las gavillas de mi hermano, una parte de las nuestras, con lo cual le remediaremos sin ofender su amor propio.

— Piensas muy bien, vamos pues.

Ambos salieron de la cabaña y verificaron su piadosa idea enriqueciendo el caudal de su hermano con el fruto de sus sudores, trasportando parte de sus mieses á la parva de Gregori.

El sueño de los dos esposos fué aquella noche

como el de Jacob, porque no hay paz en la tierra como la que goza el justo.

II

LA COSECHA BENDITA

Llegó el ardiente estío, y las mieses arrancadas en los abrasados campos de Esmirna, estaban dispuestas para ser trilladas.

Los dos hermanos veían con admiración que su parva producía más grano del que habían creído.

— Yo no pensaba que recogería tanto trigo, aunque hubiera guardado para mí el que llevé para mi hermano : el cielo multiplica mi heredad, para premiar mi buen pensamiento : decía Gregori.

— Indudablemente estuve desacertado cuando calculé que no tendría trigo suficiente, y por eso no estuve demasiado pródigo con mi hermano, pero esta noche completaré mi obra : decía Acmet.

— No hay remedio, exclamaba Gregori, las espigas están multiplicadas y esta noche he de llevar algunas á la era de mi pobre hermano.

Entretanto llegó la noche, espesas nubes obstruían la brillante luz de las estrellas, pero la luz

de la luna, esa reina de la noche, disipó muy pronto la oscuridad, apareciendo puro y limpio el cielo.

Gregori salió de su cabaña y era mas de media noche cuando se dirigia cargado de trigo á la era de su hermano.

Pero un ligero ruido le hizo detenerse á escuchar : por su parte Acmet hizo lo mismo al apercibir los pasos de su hermano, y Mirian se estrechaba contra su marido temblando, temiendo algun ataque nocturno.

De repente se dibujó la sombra de una persona.

— ¿Quién va? exclamó Acmet con tono firme y enérgico.

— ¡ Ah! ¿ eres tú, hermano mio?

— Somos nosotros, contestaron los dos esposos, y adelantándose hasta Gregori, le encontraron con gran sorpresa suya cargado de trigo : Mirian y Acmet tambien llevaban cada uno una carga.

— ¿ Dónde vais así á esta hora? les preguntó.

— Vamos á poner en tu era esta muestra del cariño fraternal que tú no has querido aceptar de tus hermanos ; ¿ y tú dónde vas?

— Yo, llevaba este saco de trigo para unirlo al vuestro, con la misma intencion que vosotros, porque puse unas gavillas y he visto con sorpresa que lejos de disminuirse las mias se habian aumentado.

Los tres se abrazaron con la mayor ternura y se

creyeron benditos del Señor : en seguida se encaminaron á la cabaña de Acmet, donde se pusieron á orar, y desde entonces jamás se separaron bendiciendo Dios cada dia mas su hacienda.

III

LOS HUERFANOS

Ernestina concluyó su relato, cuando en la habitacion contigua á la suya oyeron sollozar amargamente.

Las jóvenes acudieron y encontraron dos niños hijos de un vecino suyo que era carpintero, llorando y gritando, como asustados.

— Dios mio, ¿qué teneis? les preguntó la joven.

— Mirad, dijo el mayorcito, que podria contar seis años, mirad nuestro padre.

Las jóvenes dirijieron la vista enrededor suyo, y pronto vieron en su pobre lecho al carpintero.

Se acercaron Fortunata y Amina, interin los otros dos corrian en busca de un médico, pues el pobre hombre al caer de un andamio se habia fracturado una pierna.

El médico, á su llegada, manifestó que era pre-

ciso hacer la amputacion, para lo cual se necesitaban hacer algunos gastos.

— Imposible, murmuró el infeliz, llevadme al hospital pues yo no poseo nada.

— No, no, exclamó Ernestina, jamás, separaros de vuestros hijos, nosotras acudiremos á lo necesario.

El médico se admiró de aquella generosidad y se propuso ayudar tambien con sus cuidados al infeliz padre : los dos niños fueron trasladados á la habitacion de las jóvenes y en medio de los mayores sufrimientos se verificó la amputacion de la pierna; pero el enfermo, de naturaleza débil, no pudo resistir la operacion, sobreviniéndole una aguda calentura que el médico calificó de mortal.

El desventurado padre comprendió la gravedad de su estado, y tomando las manos de Ernestina y de Blanca, las dijo :

— A vosotras que habeis sido tan buenas para mí, os recomiendo mis pobres hijos, que no tienen nadie en el mundo, pues su madre murió hace tiempo : ¿ qué será de ellos, Dios mio ?

— Morid tranquilo, le contestó con gravedad Ernestina, si no tienen padres tendrán cuatro hermanas, que jamás, os lo juro, les abandonarán.

— Gracias, gracias, sois unos ángeles... pero traedme á mis hijos, quiero verlos.

Los dos niños fueron puestos en brazos de su moribundo padre, el que al poco tiempo espiró.

Desde aquel día fué preciso que el trabajo de las cuatro amigas fuese mas asiduo y que sus privaciones aumentaran, porque aquellos dos seres, que la Providencia habia puesto á su cuidado, necesitaban no carecer de lo mas preciso y hasta recibir algunas nociones de educacion.

Ernestina se multiplicaba, y cuando un día se apercibieron de que á pesar de sus esfuerzos no podian atender á tantas atenciones, y que la miseria llamaba á sus puertas, Blanca, con noble abnegacion, buscó una casa donde servir como doncella y con su salario pagaba los estudios de los dos niños.

Las cuatro amigas se habian dedicado por completo á cumplir la promesa que hicieron al pobre carpintero, y si bien abrumados por el trabajo y por la escasez se consideraban felices al llevar á efecto el cumplimiento de aquel sagrado deber, mirando á los dos huérfanitos como propios hermanos.

Ni una queja, ni un movimiento de cansancio, ni la mas ligera muestra de enojo, vieron jamás los niños en sus generosas protectoras, escuchando solo de sus labios palabras de amor y consejos nobles y virtuosos.

Así pasaron algunos años, hasta que las virtudes

de aquellas jóvenes tuvieron al fin su recompensa.

Uno de los niños, desde su infancia, habia manifestado grandes disposiciones para la pintura y el otro para la poesía.

Un dia el mas jóven, habia salido al campo y sentado cerca de una bulliciosa fuente trataba de reproducir con el lápiz el panorama, llenó de encantos, que admiraban sus ojos.

— No, no, no es esto decia, si yo tuviera colores aseguro que entonces mi idea no se quedaria imperfecta.

Un caballero habia escuchado el monólogo de Luis, y acercándose á él le dijo.

— ¿Deseas colores y pinceles?

— ¡Ay! sí señor, pero soy muy pobre para poder conseguirlo, y mis protectoras tampoco pueden y yo ni aun se lo indicaria, por que serian capaces de hacer los mayores sacrificios para complacerme.

— Pues sígueme : tu dibujo me agrada y puede ser que llegues á tener un nombre.

Luis siguió al desconocido hasta una casa de buena apariencia y al entrar en una habitacion del piso bajo exclamó.

— ¡Oh! Dios mio qué cuadros tan hermosos : sobre todo aquella Virgen.

El caballero se sonrió.

— Decidme quien la pintó?

— Rafael.

— ¿Y aquella preciosa estatua?

— La hizo Miguel Angel.

— Si yo llegara á ser un buen pintor.

— Veremos si te aplicas.

— Pero y un buen maestro?

— Yo lo seré.

— Vos sois pintor?

— Sí, hijo mio, desde mañana puedes venir.

Luis hizo rápidos progresos, y queria á su maestro con el mayor extremo, pero todavía no sabia su nombre.

Un dia pasaba por una calle y vió un hermoso retrato en una tienda.

— Dios mio, es mi maestro, dijo, y entró preguntando.

— Quereis decirme de quien es ese retrato?

— Es del gran pintor Rafaél.

El niño creyó no haber oido bien.

— Pero es su retrato ó es que ese cuadro lo pintó Rafaél?

— Es su retrato.

Luis corrió como un loco, entró en su casa saltando de alegría y les dijo á sus protectoras.

— Soy discípulo de Rafaél, y llegaré á ser un gran pintor entonces, ya no trabajareis mas.

Efectivamente, el discípulo mas querido del gran pintor llegó á ser digno del maestro, lo

acompañó á Roma, y como ya entonces tenia reputacion y sus cuadros se vendian bien, llevó á Ernestina y á Blanca, y las rodeó de cariño y de comodidades, mientras Amina y Fortunata quedaban al lado de su hermano, que era un gran poeta.

Jamás se separaron de ellas y Luis, para perpetuar el recuerdo de sus beneficios, pintó un magnífico lienzo representando la muerte de su padre y á las cuatro jóvenes, alrededor de su lecho interin dos pobres niños sollozaban de rodillas.

Cuando algunos años despues se casaron con dos jóvenes virtuosas, formaron todos una familia, y los sábados Ernestina repartia pan y dinero á los pobres, como cuando era una modesta costurera, unicamente que la ofrenda era de mas valor material.

Dios, pues, premió sus virtudes y abnegacion.

LA CORTE Y LA ALDEA

I

DE AYER Á HOY

En uno de los principales colegios de Madrid se educaba, hace algunos años, una niña muy querida de su maestra por su laboriosidad é inteligencia: Juanita era esbelta, graciosa y su fisonomía revelaba esa vivacidad que solo se encuentra en los tipos españoles.

Era pues la niña mimada del colegio, y la señora de Calonge estaba muy satisfecha del comportamiento de su hija.

Tan solo tenia un defecto y era no estar contenta con la posicion que la habia deparado la Providencia.

Un dia la madre de Juanita se presentó en el colegio y manifestó á la superiora pensaba llevar al campo á la niña para pasar la estacion del calor; la alegría de Juanita no tuvo límites: ver á su nodriza á quien amaba con la mayor ternura y su hija Cármen, compañera suya de infancia, eran motivos poderosos para que cuanto antes deseara salir de la coronada villa.

II

Pocos dias bastaron para hacer los preparativos, y una mañana, acompañada de su madre y una doncella, emprendió su viaje á la quinta: interin admira con infantil alegría la campiña nos trasladaremos al pintoresco pueblo á donde se dirigian para ocuparnos de la nodriza y de su hija.

Cármen era una niña de carácter bondadoso, de fisonomía dulce y espresiva, con hermosos ojos azules, un pié de reina y una mano, que á pesar de sus ocupaciones mas que modestas, podia llamarse bonita.

Ocupada en ayudar á su madre, que era costurera, muchas veces Cármen pensaba que el cielo le habia deparado una suerte bien infeliz haciéndola nacer en esfera tan humilde, y solo se con-

sideraba dichosa cuando pasaba alguna temporada al lado de Juanita, la que la daba el título de amiga.

El cura párroco habia enseñado á la hija de María á leer y á escribir, siendo por lo tanto mas instruida que las que la rodeaban, aumentando esto mismo su ambicion.

III

Un dia recibió el aviso de la llegada de Juanita, y su júbilo no conoció límites : contó las horas, recorrió parte del camino, y por último descubrió el carruaje que adelantaba rápidamente, encontrándose pocos momentos despues entre los brazos de su amiguita.

— ¡Querida Cármen! exclamó la jóven madrileña, qué deseos tenia de verte.

— ¡Y yo, señorita Juanita! ¡qué largo me parece el tiempo que paso lejos de vos pensando en la dicha de veros pronto! hice el otro dia un canastillo de junco y le puse vuestro nombre.

— Tú lo has hecho? eres mil veces mas ingeniosa que yo; pero ¿cómo no me tratas con la misma familiaridad que antes?

— No me atrevo; cuando eramos mas niñas...

pero ahora... no desconozco la distancia que nos separa.

— Calla, calla; ¿no te he tratado siempre como una hermana? pues si tú no haces lo mismo me enfadaré.

Entretenidas con su conversacion, llegaron hasta la verja de la quinta, entraron, y Juanita se apresuró á enseñar á Cármen los regalos que la habia comprado.

Primero la mostró un lindo delantal de seda, un vestido, unas botitas, todo del mejor gusto, y la niña estaba loca de alegría.

— ¿Y esto qué te parece? la preguntó Juanita, enseñándola un costurero con todos los utensilios para costura y un libro para leer la misa.

— ¡Oh! eso es demasiado elegante para mí, eso será para vos.

— No, tambien es para tí.

Cármen lloraba de gozo y decia para sí.

— ¡Qué felices son los que habitan en las ciudades! ¡cuántas cosas poséen ricas y elegantes!

Y la niña sentia despertarse su ambicion: era natural; pero sin embargo no se debe luchar con un imposible, es un deseo muy noble sin duda el que nos impulsa á elevarnos, pero debemos alejar ideas que no estén de acuerdo con la fortuna que el cielo nos concedió.

Los instintos ambiciosos de Cármen se desar-

rollaron mas y mas, con la estancia de Juanita en la quinta, y la linda colegiala veia por su parte que le seria muy penoso volver á Madrid.

IV

Al fin se fijó el dia de la partida y ya los criados preparaban los baules, desocupaban las cómodas y armarios, cuando se presentó María, la buena y tierna nodriza para despedirse de su *niña*, como llamaba á Juanita.

Interin la señora de Calonge se entretenia con María, las dos niñas se tomaron por las manos y fueron á sentarse en las flores y los árboles del jardin.

— Dios mio, señorita, dijo Cármen, ¿con qué de nuevo vamos á separarnos?

— Sí, amiga mia, y te aseguro que mi pena iguala á la tuya.

— No, no es posible, dijo Cármen llorando; yo no tengo á nadie en este pueblo, paso los dias muy tristemente, mientras que tú, puesto que así quieres que te hable, tienes tus compañeras de colegio y puedes disfrutar de otras cosas que yo, que ni aun sé lo que es la ciudad.!

— ¿Cómo, nunca has visto á Madrid?

— Nunca.

— Pues bien, ¿quieres que le diga á mi buena madre que te lleve con nosotros?

— No, no, porque yo desearia vivir allí.

— No, pues no creas que es tan divertido como tú crees; si fuera yo, preferiria estarme aquí.

— ¿Qué dices, Juanita, te burlas?

— No, no; algunas veces cuando mamá me pregunta lo que mas me agrada, si la música, el baile, el dibujo ó la pintura, le contesto la costura y sobre todo no estar en el colegio: cuando mi padre se embarcó para Filipinas, siempre decia yo: mamá, déjame estar á tu lado, coseré como María, cortaré mis vestidos, me gusta tanto:

— No te comprendo; tú eres rica, mas tarde tendrás cuanto puedas desear, y puedo asegurarte no es nada agradable ser costurera.

— Pues yo estaria mas tranquila disfrutando de la vida del campo que del bullicio de la córte, y de los trabajos caseros, que del colegio y estudios.

— Para que se vea, lo que yo deseo te fastidia á tí.

— Vaya si fueras á Madrid, seria lo mismo.

— No lo creas, ademas como mis deseos no pueden realizarse no hablaremos mas de eso.

— Sí, mamá quisiera me dejaria aquí y te mandaria en lugar mio.

V

Durante algun tiempo continuaron las dos jóvenes su conversacion hasta que la señora de Calonge se presentó en el jardin.

La madre de Juanita y la de Cármen habian escuchado la conversacion de las dos amigas y concertaron un plan, para que se corrigieran de la falta de conformidad con su suerte, defecto que mas tarde podia tener graves consecuencias.

Nada hicieron ver á las jóvenes, pero el viaje fué aplazado pretestando un acontecimiento de gravedad, y cuando llegó la hora de comer se apercibieron de la presencia de una persona, desconocida para ellas.

Era Francisca, antigua camarera de la señora de Calonge, que habia visto nacer á Juanita.

Durante la comida, permaneci6 detrás de la silla de su antigua señora, hablándola en voz baja y al parecer con el mayor misterio.

— Os aseguro ama querida, que no tendré valor para affligir á la pobre niña, decia.

— ¡Chit! Francisca, es por su bien.

Aquellas medias palabras habian despertado la curiosidad de Juanita y la hicieron estar pensativa hasta el momento en que se levantaron de la mesa;

pasaron á la sala y allí con seriedad estudiada dijo la señora de Calonge.

— Os he reunido aquí para comunicaros un acontecimiento que debe influir considerablemente en vuestro porvenir. Juanita, yo te amo con el mayor cariño y tú siempre manifiestas quererme mucho, pero sin embargo debo declarar, que no eres mi hija.

La niña al escuchar estas palabras se quedó estupefacta, palideció y rompió á llorar.

— Sí, hija mia, esa es la verdad, Cármen debe ocupar tu lugar, ven, hija mia, abrázame, y tú Juanita corre á los brazos de María, que es tu madre.

Las dos jóvenes obedecieron maquinalmente.

— Voy á deciros, porque hasta hoy hemos vivido en un error; cuando nació Cármen, es decir, Juanita, pues tal es su nombre, la envíe en casa de María, la que criaba á una niña suya de pocas de un mes, y que era de naturaleza débil y enfermiza; de acuerdo con Francisca, para asegurar á la niña una condicion mas feliz, evitando sufriera privaciones que perjudicasen á su naturaleza poco robusta, determinaron hacer un cambio entregándome á mi Cármen, por mi Juanita; hoy María viendo á su hija en buen estado de salud y no temiendo ya por ella, me ha descubierto todo. Nunca olvidaré, añadió dirijiéndose á Juanita, que he llamado mi hija, y en cuanto á tí, que hasta

ahora has creído ser una pobre aldeana, vendrás á Madrid, permaneciendo en casa algun tiempo antes de ir al colegio á fin de que te conozcan los amigos.

VI

Juanita adoraba á su madre y no podia consolarse al pensar qua ya no la daría tan dulce nombre, y Cármen, que albergaba un escelente corazon, no dejaba de sentir, el separarse de la que la habia cuidado en su niñez; el viaje se decidió para el dia siguiente y fácilmente puede adivinarse qué noche pasarian las dos amigas.

Juanita era medio filósofa, desde luego se resignó á vivir en distinta condicion que en la que hasta entonces habia vivido, y lo que la atormentaba era la idea de que la señora de Calonge no estaba ya unida á ella por el lazo materno. Cármen, por su parte, anhelaba encontrarse en Madrid, y la idea de ver pronto realizado aquel ensueño, la hacia conformarse fácilmente.

Al dia siguiente, la hija de María ostentaba un elegante vestido de viaje, y Juanita uno sencillo de aldeana.

— Veo con satisfaccion, hija mia, la dijo la

buena nodriza, que te conformas con tu nuevo estado; hasta hoy has vivido como una señorita rica, pero en adelante necesitas trabajar; vamos dame un abrazo y nos despediremos de la señora y de la señorita.

— María.... mamá.... bajemos cuando gustéis.

En el jardín encontraron á Cármen, alegre y casi satisfecha.

La señora de Calongè, al ver á Juanita, la abrazó diciéndola.

— Puedes estar segura, niña mia, de mi cariño y siempre ocuparás un lugar en mi corazón.

Y seguida de María, se dirigió al interior de la casa.

— Cuántas cosas han sucedido desde ayer, Juanita! quién lo habia de pensar, exclamó Cármen.

— Por qué me llamas así, no sabes que tu nombre es ahora el mio?

— Verdad es, pero nunca me acostumbraré á dártelo.

— Pues que lo sientes?

— No por mí, sino por tí: estés segura que si mamá quisiera participar su fortuna entre las dos me alegraría con todo mi corazón: si ahora soy rica, no por eso me olvidaré de tí: tenemos quince años; pues bien, cuando yo salga del colegio, no nos separaremos mas.

— Amiga mia, querida hermanita, dijo Juana, arrojándose en brazos de su compañera.

VII

La señora de Calonge y María observaban esta escena y sentian latir de gozo su corazon, porque sus hijas eran buenas y cariñosas.

Por fin llegó el momento de separarse: Juanita, llorando amargamente abrazó á su madre, y Cármen, menos conmovida, á María: pocos minutos despues el carruaje salia á galope, mientras que la fiel nodriza conducia á su morada á la triste niña.

Seguiremos á Cármen, hasta la coronada villa.

Prevenidos á tiempo los criados recibieron á la pobre aldeana con el respeto debido á su señorita, y al penetrar en aquellas elegantes habitaciones, al admirar el lujo que en ellas reinaba, la jóven no pudo menos de exclamar:

— ¡Ay mamá! qué hermoso es todo esto!

— Calla niña, delante de los criados no se debe manifestar admiracion, pues dirán que no estás acostumbrada á nada.

Cármen se sonrojó y tal era su timidez, que no se atrevia ni aun á acercarse á los sillones dorados,

ni á tocar las ricas colgaduras, ni á moverse, porque su pié se hundia en la alfombra: acostumbrada á las labores mecánicas, á correr por el campo y á disfrutar de una libertad sin límites, la parecia que estaba presa en una jaula de hierro.

Para festejar su arribo dispuso su mamá una gran comida, convidando á ella á los amigos mas íntimos! ¡qué mortificacion para Cármen! poco acostumbrada á la sociedad, no sabia qué contestar si la dirigian la palabra, y cuando deponia su timidez, decia cosas fuera de orden y razon.

Una de las señoras convidadas tenia un lindo perrito y aturdidamente le puso el pie encima causándole bastante daño: una señorita amable y que poseia la verdadera bondad del alma, dirigió varias veces la palabra á Cármen, pero apenas si obtuvo contestacion, mas como pocos momentos despues la misma señorita pedia un objeto, Cármen deponiendo su timidez se lanzó como un relámpago para presentarselo, pero desgraciadamente su pié se enredó en el adorno de un vestido, desgarrándolo y cayendo al suelo.

VIII

La señora de Calonge trató de disculparla á los ojos de los concurrentes, y ella se retiró á un es-

tremo de la sala disgustada de sus ensayos en la corte: como acostumbraba á entregarse temprano al descanso, se quedó profundamente dormida en un sillón.

— Juanita, le dijo su mamá adoptiva, qué haces? no sabes que es una gran falta de educacion, dormirse en sociedad?

— ¡Ah! contestó estendiendo los brazos y bostezando: como siempre me he acostado temprano, no puedo dominar el sueño.

— Sí, comprendo, pero en la ciudad no puedes hacer como en la aldea, preciso será que te acostumbres: hasta las doce no te retirarás.

¡Mucho sufrió Cármen aquella noche! ¡Cuantas veces recordó la casita de María, donde al toque de la oracion se entregaban al reposo; allí no tenia que recibir visitas y todos encontraban muy bien lo que hacia.

Juanita, entretanto, se ocupaba en ayudar á María, la cual al entrar en su limpia casa, pero modesta en extremo, la dijo.

— Mi querida niña, has vivido siempre en la opulencia, pero ahora tienes que renunciar á tus brillantes esperanzas y someterte á tu nueva condicion: yo no puedo pagarte maestros ni colegios y tendrás que participar de mis tareas diarias: segun decia la que hoy es Juanita, te agradaba la costura

y esto es una ventaja, pues de ese modo, te costará menos trabajo tu nuevo género de vida.

— Por mi parte, estoy dispuesta á seros útil en todo y haré lo posible por servirlos de ayuda.

María la felicitó por su conformidad, y por la tarde, á la hora de comer, rodó la conversacion sobre la carestía de los comestibles, sobre la cosecha que se esperaba y tambien se trató de las contribuciones, todas cosas á las que Juanita no prestaba atencion porque no las entendia: al toque de Animas, María la dijo que ya era hora de recojerse.

— ¿Cómo tan temprano? imposible será que yo pueda dormir.

— Te debes acostumbrar porque al rayar el alba tienes que levantarte.

La jóven lanzó un suspiro y se acostó comparando su elegante y mullido lecho del dia anterior con el que ocupaba en aquel momento, y no pudo conciliar el sueño hasta muy tarde.

Mucho habian sufrido las dos amigas en el primer dia de su cambio de suerte, pues Cármen al retirarse á descansar no pudo menos de ruborizarse al recordar las necesidades que á cada paso cometia.

— Si Juanita ha experimentado las mismas contrariedades, creo que no tardará mucho en desear ocupar su antiguo puesto, se decia la señora de Calonge.

Al día siguiente previno á Cármen que tambien debian asistir á la comida algunos amigos y que tuviera cuidado de conducirse mejor.

La pobre niña escuchó con los ojos bajos y sin atreverse á contestar: la comida tenia lugar á las seis y pensó con alegría que le quedaban algunas horas de libertad, y no pudiendo resistir mas tiempo, se dirigió al piso bajo, en donde estaba una joven-cita ocupada en coser y arreglar la ropa blanca.

La conversacion se entabló, y Cármen la dijo que se fastidiaba y que podrian jugar un rato.

La doncella la miró sorprendida diciendo.

— Señorita, ¿cómo es posible que yo juegue con vos?

— ¡Oh! escucha, no soy orgullosa, me he criado en una aldea, y por mí te aseguro que mucho me agradará jugar contigo.

Efectivamente, las dos jóvenes se pusieron á contar cuentos, á saltar, cuando de repente oyeron la voz de la señora de Calonge que llamaba á Cármen.

— ¿Cómo es posible, señorita, que tengais tan poca dignidad para descender sin mi orden y jugar con una criada interrumpiendo su trabajo? Mas tarde os perderán el respeto y no os obedecerán; por esta vez concedo mi perdon, pero cuidado para en adelante.

Al escuchar la voz severa de su pretendida madre, rompió á llorar amargamente y subió á su habitacion.

— ¡Qué diferencia de la casita en donde pasé mis primeros años! Allí no temia rebajarme jugando con las doncellas de Juanita. ¡Dios mio, cuánto mas hubiera valido que Francisca y María no se descubrieran!

Sumida en estas reflexiones vió llegar la hora de comer, y bajando al comedor encontró una sociedad escogida; pero la comida fué un tormento, pues si tomaba la cuchara en vez del tenedor, si bebia con la boca llena y sin limpiarse con la servilleta, encontraba al levantar los ojos la mirada severa de la señora de Calonge y sufría un verdadero suplicio.

— ¡Tanto como deseaba vivir en Madrid, se decia, quién me volviera á mi pobre casita y cuánto daria por ser la hija de María!

IX

La jóven comprendia que el salir de su esfera, cuando la educacion no está en armonía para ello, era una cosa imposible y se lamentaba amargamente.

Siempre debemos moderar nuestra ambicion y

no desear lo que Dios, en su infinita sabiduría, nos ha negado, pues al nacer nos traza el camino que debemos seguir, del cual, sin embargo un gran talento, grandes estudios, ó disposicion natural pueden hacernos salir y elevarnos á una condicion superior á la en que nacimos.

Pero trasladémonos á la casa de María y veamos cual era el estado de Juanita.

Despues de una noche de insomnio, pudo al fin entregarse á las dulzuras del sueño, y apenas acababa de dormirse se presentó María á despertarla, diciendo :

— Vamos, hija mia, vístete que hoy es dia de mercado y debemos salir temprano para comprar las provisiones.

La jóven obedeció y fué con María á la plaza del pueblo; despues de haber comprado lo necesario, volvieron á casa y la nodriza dijo :

— Mira hoy te diré lo que todos los dias debes hacer; despues de almorzar bajarás al patio donde encontrarás un saquito de ropa para que la jabones, el dia en que no haya que lavar, limpiarás la casa y me ayudarás á coser.

El primer ensayo no la costó mucho trabajo; durante algun tiempo continuó lavando, pero empezó á sentirse tan cansada, que tuvo que sentarse reflexionando en su pasada posicion y en la presente.



— Sin ninguna duda, decia, no es esta la vida que yo habia soñado, no son estas las dulzuras del campo, y es mejor mil veces el colegio y los estudios, que no estas ocupaciones monótonas y cansadas; voy á leer un rato y esto me distraerá.

Juanita se sentó en un banco de piedra y sacando un libro de su bolsillo empezó su lectura; desde una de las ventanas observaba María y la gritó con enojo :

— ¿Qué haces Cármen? ¿crees que leyendo es el mejor medio de prestarme ayuda? Tienes que dejar los libros, porque para ser costurera de una aldea y casarte mas tarde con un labrador, no necesitas ser una sabia.

— Pero, mamá, si estoy tan cansada hasta que no adquiriera la costumbre, me sucederá esto.

— Pues lava hasta la hora de comer, y con eso te acostumbrarás.

— Tal es mi nueva posicion, pensó Juanita; cuan poco conocia y apreciaba mi felicidad, ambicionando cambiarla por lo que tanto me desagrada ahora.

Pasó el dia, llegó la noche, y la jóven estaba desanimada y triste.

— Como no estoy acostumbrada á acostarme tan temprano, me permitireis que lea un rato, hasta que sea un poco mas tarde.

— Y entonces cómo quieres levantarte tem-

prano, si en lugar de dormir lees ; no, es necesario que te acuestes, el domingo dedicarás un rato á la lectura, pero no en esos libros que ahora tienes, sino en el *Manual de la costurera, Arte de cultivar*, ó bien otros por el estilo. Vamos hasta mañana, duerme bien y á ver si te levantas sin avisarte.

Juanita se acostó llorando y no pudo dormir en toda la noche.

Nuestras dos jóvenes aborrecian ya lo que tanto habian deseado, y como veremos Cármen sufrió tambien nuevos desengaños.

Una mañana que se encontraba leyendo en su cuarto, vió entrar á su mamá con una señora anciana, vestida de luto.

— Hija mia, la dijo, como veo la gran necesidad que tienes de instruirte, para presentarte en sociedad, te he buscado una aya ; te encargo que la obedezcas y respetes, y desde hoy empezarán tus lecciones ; en cuanto á vos, añadió dirigiéndose á la anciana, os recomiendo que no la paseis el mas pequeño defecto, reprendiéndola severamente, para que pierda sus faltas de educacion.

— No tengais cuidado, señora, sereis obedecida ; vamos, señorita, daremos la leccion de piano, y despues la de francés, historia y otras.

Cármen obedeció en un todo á su aya y se aplicó con ardor al estudio, pero á los dos dias

detestaba el piano, el francés, el baile y hasta al aya que manifestaba tener carácter regañon.

Al presentarse en la sala envidiaba la finura y habilidades de las jóvenes de su edad, pero siempre estaba tímida y cortada, hasta el punto de sentir las lágrimas asomar á sus ojos, cuando no podía contestar como era debido.

Una tarde su mamá convidó á tomar el café á una amiga, quien la preguntó si se encontraba bien en la córte.

— ¡Ay! señora, ciertamente Madrid es muy hermoso, sus galas son espléndidas, pero prefiero la vida del campo.

X

Entretanto Juanita aguardaba con impaciencia el domingo, porque entonces la permitirían leer; y cuando llegó, María la dijo podía leer el *Manual de la costurera*, ó irse á pasear un rato.

Juanita tomó el libro encaminándose en casa de Francisca, quien al verla tan triste, estuvo á punto de declarar la verdad, pero temiendo desobedecer á su señora, se contentó con darla algunas frutas, despues de lo cual, la niña empezó su paseo por el campo, en donde se sentó en la yerba y se

puso á leer ; pero muy pronto se fastidió pues no entendia nada de medidas y patrones, de modo que continuando su paseo, se acercó á un grupo de niñas y quiso mezclarse en sus juegos ; pero al verla llegar gritaron :

— Miren la señorita ; ahora no eres sino una aldeana como nosotras ; tan orgullosa como estas, siendo la protectora de Cármen, anda á lavar en su lugar.

Y la persiguieron con dicterios hasta la casa de María.

Así trascurrieron quince dias ; la fiel nodriza escribia diariamente á la señora de Calonge, quien á su vez, la participaba los desengaños de Cármen, añadiendo que segun su parecer la leccion era buena, y que cada una desearia volver á ocupar su lugar.

Poro aun necesitaba Cármen ver mas palpablemente que las riquezas no sirven de nada sin la educacion primitiva, pues algunos dias despues supo por la señora de Calonge que debia de llegar una amiga con su hija, quien era muy conocida de Juanita.

— Mira, la dijo su mamá ; va á llegar una señorita muy bien educada, muy instruida, aun cuando es menor que tú : procura saber conducirte para no avergonzarme, ten cuidado en tus maneras en tus palabras y hasta en los juegos,

para que Isabelita no diga que eres una tonta.

Aquella noche no cerro Cármen los ojos pensando que Isabel seria orgullosa y que no podria cruzar una palabra.

Al otro dia, á eso de las nueve oyó gran ruido de carruajes y caballos y vió descender del coche á las viajeras: en aquel momento entró el aya y la dijo.

— Se necesita peinaros y vestiros al instante; por hoy dejaremos las lecciones y bajareis á saludar á las recién llegadas.

La severidad y frialdad de aquella mujer imponian á Cármen, así es que jamas la contestaba, pero aquel dia la pregunto timidamente.

— ¿Decidme, esa señorita que ha llegado, es amable?

— No la conozco, pero supongo será buena y cariñosa, cualidad indispensable para hacerse amar.

Cármen, pasó á la sala, en donde estaban dos señoras con su mamá, la que ya les habia puesto al corriente del plan.

La jóven fijó su vista en Isabel, conociendo en su traje y maneras lo distinguido de su clase: quiso entablar conversacion, pero en vano porque la gracia, la finura y la elegancia de la recién llegada la intimidaban y creia ponerse en ridículo al pronunciar una palabra.

Por la tarde, despues de comer, Isabel se puso al piano y ejecutó algunas piezas con soltura y buen método.

— ¿Y Juanita, preguntó, no toca?

Cármen se puso encendida como una cereza y su madre tuvo que acudir en su socorro.

— Ya os he referido, el cambio que en su infancia se efectuó, y por consiguiente aun no ha tenido tiempo de adelantar en sus estudios: pero con aplicacion pronto ganará lo perdido.

XI

Cármen, reflexionaba que no era posible que nunca llegase á adquirir la distincion que caracterizaba á Isabel, convenciéndose de que no habia nacido para el gran mundo y que Juanita era mas digna de aquel puesto.

— Isabel, decia, es una niña de mi edad, pero qué adelantada está: no podré ni aun entablar conversacion con ella, porque se burlaria de mis necedades.

— ¿Vamos al jardin á jugar? la dijo en aquel momento Isabel.

— Cuan buena sois, mucho deseo reunirme con vos que sois tan bella y distinguida pero....

— Pero qué? también tú eres bonita, por que no me tuteas? te aseguro que te quiero, vamos habla, por que no me tratas como yo á tí?

— Porque no me atrevo; me encuentro á vuestro lado tan tímida... pero como gustéis vamos al jardin.

Bajaron y nueva humillacion para Cármen, acostumbrada á los juegos de aldea, no sabia ninguno de los usados en los colegios, tal como el *volante*, la *margarita*, ó el *jardin*: en lugar de divertirse la sirvió de disgusto, y se decidió á tener una conversacion con la que creia su madre, porque la pobre niña sufría aun mas al compararse con Isabel.

El tipo de la forastera era simpático y seductor, todo en ella indicaba costumbres de buena sociedad; sus hermosos cabellos negros estaban cortados y le caian en rizados sobre los hombros; sus ojos negros como el azabache, eran dulces y expresivos, y su linda boca no se abria sino para pronunciar frases cariñosas y dulces: Cármen, criada en el campo, tenia el cutis tostado por el sol, sus ojos azules no se levantaban del suelo y sus manos, aunque finas, hacian un gran contraste con las de su compañera.

— Mañana, se dijo Cármen á sí misma, le dire á mi buena mamá que soy mas feliz en mi pequeña casita: que no he nacido para estos estu-

dios, porque ya es tarde para acostumbrarme, que si continuo aquí enfermaré y por consiguiente si en algo estima mi salud me conducirá al campo.

Efectivamente despues de reflexionar toda la noche se afirmó mas y mas en su resolucion, y cuando llegó el dia, se vistió esperando con ansiedad el momento de poderse presentar á la señora de Calonge.

Apenas eran las nueve cuando pidió permiso para hablarla y pocos instantes despues estaba en su rico dormitorio.

— Qué tienes que decirme tan temprano, hija mia? la preguntó con bondad.

— Escuchadme, madre mia, y os ruego seais indulgente, porque es muy grave lo que tengo que deciros.

— Ya te escucho y si es necesaria mi indulgencia puedes estar segura de obtenerla.

— Pues bien, no os podeis figurar qué desgraciada soy desde que me llamais vuestra hija.

— Pues yo creia que tu ambicion estaba satisfecha.... no deseabas tanto venir á Madrid?

— Es verdad pero el cielo me ha castigado por desear cosas para las que no estaba educada.

— Pero piensa que siendo mi hija llegarás á ser rica.

— No importa, desearia que os figureis que ha sido un sueño, que no soy vuestra hija y que

Juanita, es decir la otra, lo ha sido y yo no.

—¿Pero quién sabe si ella estará contenta con su suerte y no admitirá ese cambio?

— ¡Oh! estoy segura que ella, lo mismo que yo, deseará la posicion en que se ha educado.

— Pues bien mañana partiremos y veremos si María, acepta la proposicion.

XII

Cármén, abrazó llena de júbilo á su madre y pasó todo el dia en hacer los preparativos, y nunca la joven habia estado tan gozosa; por la noche se despidió de Isabel y de su mamá y hasta depuso su timidez, se mezcló en la conversacion y pasó la noche tranquila hasta las cuatro de la madrugada, hora en que acompañadas de una doncella se pusieron en camino para la quinta.

Eran las siete de la mañana cuando Juanita, que volvia de comprar con un cestito pendiente de su brazo, se encontró á la puerta de la quinta con la señora de Calonge y Cármén.

Que cambiada estaba la pobre niña! habia perdido el sonrosado y la frescura: sus largos cabellos estaban descuidados, y sus manos, antes tan finas, morenas y abultadas. La señora de Calonge

la abrazó y la convidó en compañía de María, á almorzar hablando en la mesa de la proposición de Cármen.

— Por mi parte no veo inconveniente.

— Ni por la mia, contestó la nodriza : creí que era ambiciosa, pero si me he equivocado volverá al lado mio segun desea.

— Tú, Juanita estarás coforme? á tí te agradaba mucho la vida campestre y no desearás abandonarla, la preguntó su mamá.

La joven no contestó, bajó la cabeza y prorrumpió en llanto.

Entonces juzgando inútil continuar engañándolas, dijo.

— Sabed, hijas mias, que todo esto no ha sido mas que una lecion para corregir vuestra poca conformidad, y como os veo curadas de ese defecto cada cual puede volver á ocupar su lugar. Siempre debemos estar contentos, porque si no Dios castiga arrebatándonos sus dones.

Aquel mismo dia volvió Cármen á sus ocupaciones acostumbradas y cuando llegó la noche exclamó.

— ¡Qué feliz soy! en esta humilde casita! jamas me hubiera acostumbrado al trato del gran mundo; ¡Ay! mamá, continuó dirijiéndose á María, si pudierais saber lo que he sufrido: nunca se puede hacer lo que agrada: siempre estar de-

recha y seria, ir por un lado cuando se desea ir por el otro, estar despierta cuando se tiene sueño y dormir cuando se debe estar despierta.

Juanita, por el contrario, daba gracias al cielo porque la habia hecho nacer en una clase en donde podia desarrollar su inteligencia, sin necesidad de ocuparse en las primeras necesidades de la vida y sin tener que abandonar el adorno de su entendimiento, por trabajos rudos y materiales.

Las dos jóvenes estuvieron siempre unidas por el cariño mas sincero y se casaron cuatro años despues cada una segun su clase.

Juanita, con un rico hacendado, Cármen con el labrador mas honrado del pueblo; y cuando Juanita pasaba el verano en su quinta, su amiga y compañera fué siempre la hija de María, recordando con satisfaccion la saludable leccion debida á la prudencia de la madre de Juanita.

SOR TERESA

I

EL DIA DE TODOS LOS SANTOS

Como á unas ocho leguas de la ciudad de Córdoba hay un bonito y pintoresco pueblo, célebre en los fastos de la historia española de la Edad Media.

En dicho pueblo y en la cima de un monte que le domina, habia en otro tiempo un fuerte castillo, de una de cuyas almenas fué colgado el gobernador Coronel, por orden de don Pedro el Cruel, contra quien se habia rebelado.

Aun se ven las ruinas del castillo tan nombrado en épocas remotas y que hoy visita el viajero como para rendir homenaje al antiguo baluarte cuyos

fragmentos hablan al mundo de su brillante pasado.

El pueblo de Aguilar está tendido al pié de las ruinas, rodeado de fértiles campiñas pobladas de frondosos olivos y de verdes vides, de donde extraen el aceite mas apreciado : á la derecha y sobre la mencionada altura, se descubre un cementerio, donde no se distingue la tumba de los ricos de la de los pobres mas que por alguna cruz de pino, pintada de negro y tal cual otra inscripcion pensamientos de algun hijo, un hermano á un padre, á quienes la muerte ha arrebatado un pedazo de su alma.

El dia de Todos los Santos de 185... se encontraba abierta la puerta del cementerio, y multitud de gentes, llevadas por su dolor, acudian á visitar las tumbas de los seres amados y aquella lúgubre mansion.

En el pequeño callejon que se encuentra á la entrada se detuvo, como á las cuatro de la tarde, un lujoso carruaje tirado por dos soberbios caballos de pura raza que levantaban la tierra con su fogoso aliento.

Del carruaje bajó un caballero ya anciano y una hermosa niña de unos catorce á quince años de edad.

El orgullo y la altivez sin limites estaban reflejados en su rostro, y la mirada de sus ojos negros tenia algo de indomable y duro.

El guarda del cementerio se encontraba enfermo y llenaba sus funciones una hija suya, pobre jóven cubierta de harapos, pero que no conseguian desfigurar la dulzura y correccion de sus facciones, que si bien muy pálidas eran bellas.

La infeliz niña admiró el lujo del carruaje, y adelantándose hácia la elegante señorita, estendió su pequeña mano y dijo con voz triste.

— Señorita, una limosnita, por el amor de Dios, para mi padre que está enfermo.

El caballero se detuvo y sacó el bolsillo para socorrer á Juana.

— No llevo mas que oro, murmuró : mira Teresa hija mia, da una peseta á esta niña.

— Papa, no he traido dinero, contestó.

— Pues como ha de ser : Dios te socorra niña; lo siento.

Una lágrima de dolor resbaló por las mejillas de la hija del guarda, y pensó cuanto bien podrian causar aquellas monedas de oro que habia visto brillar.

Lloraba sí, lloraba, porque en su inocencia creia que una de aquellas monedas, puesta en la mano de un médico, podria devolver la salud y la fuerza á su pobre padre.

El marques de Montefrio y su hija, que eran las dos personas que habian bajado del carruaje,

entraron en el cementerio y se dirigieron hácia una tumba y se arrodillaron, porque allí reposaba la madre de Teresa.

Hacia un momento que rezaban fervorosamente, cuando la jóven sacó el pañuelo del bolsillo y con él una bolsita de seda verde que cayó al suelo produciendo un sonido metálico que hizo volver la cabeza al padre de Teresa.

— Volvamos á casa, la dijo severamente.

— ¿Pero papá, que teneis?

— Nada, sino que siento vengas á orar sobre la tumba de tu santa madre con un corazon frio y sin caridad; el que miente por no dar una limosna, tiene el corazon de roca.

Al salir el marqués con Teresa y al subir al coche apercibió á la hija del guarda, sentada sobre una piedra.

— Toma, hija mia, dijo el marqués adelantándose y dándola una moneda.

— Gracias, señor, Dios os bendiga, contestó Juana.

Quiso examinar la ofrenda, pero le faltó el valor al encontrarse con la mirada colérica de la hija del marqués: apretó la moneda en su mano como si temiera que se la arrebataran y comprendió á pesar de su poco conocimiento del mundo el origen de aquel injusto enojo, por que el infortunio es un manantial de sabiduría.

Cuando levantó la cabeza ya el coche habia desaparecido; entonces abrió la mano temblando, fijó su mirada en la limosna que habia recibido y dió un grito.

Era media onza de oro.

El hombre de corazon cobarde se siente mas turbado cuando atraviesa un bosque peligroso y va cargado de armas, pues así tambien el que jamás ha poseido una cantidad metálica, siente miedo de ser robado el dia en que está en posesion de ella.

Los ojos de Juana se enturbiaron ante el brillo del oro como se deslumbra el que de repente fija la vista en los rayos del sol.

—Cuanto valdrá esta moneda? se preguntó con zozobra.

Y con la punta de su pañuelo la limpiaba, como si quisiera adivinar por el busto su valor : por último la guardó y toda la tarde permaneció á la puerta del cementerio preocupada y casi contenta.

Pero ¡ay! la alegría del pobre es pasajera : la pobre niña sintió turbarse la suya al hacerse la siguiente reflexion.

—Ese caballero se ha equivocado sin duda : si pensaria darme dos cuartos y me dió una moneda por otra ; debo devolvérsela, ¿pero quién será? ¿qué haré?

Por su imaginacion, no cruzó la idea de hacer uso de aquel dinero, que creia no la pertenecia, y cuando cerró el cementerio se dirigió á su casa pensativa y triste.

II

LA VIRTUD Y EL VICIO

Llegó Juana á su casa y encontró á su padre acometido de una devoradora calentura; durante todo aquel dia no se habia presentado el médico y solo un pedazo de pan fué su alimento.

La habitacion era miserable sirviendo á la vez de alcoba, comedor y cocina: dos sillas una mesa y un Santo Cristo, eran los únicos muebles de aquel albergue del dolor y la miseria.

La cama en un tablado, con un jergon y una manta, que por usada ni aun podia ya prestar abrigo al que bajo de ella tiritaba con el frio de la calentura.

La pobre niña se acercó en silencio á su padre y dominando su dolor le dijo cariñosamente, mostrándole la media onza.

— Padre mio, ¿cuántas pesetas tiene esta moneda?

El guarda se incorporó para examinarla y cayó desplomado murmurando.

— ¿Dónde has encontrado ese dinero, Juana? ¿dónde lo has tomado?

— Me lo dió un caballero, contestó turbada al ver la exaltacion de su padre.

— No puede ser, es imposible que te haya dado media onza; son ocho duros, Juana.

— Pues podeis estar seguro que me la entregó como limosna; llegó al cementerio en un hermoso coche, y despues cuando creyendo era una equivocacion, quise devolverle la moneda, ya habia desaparecido.

El guarda se sentó con trabajo y fijo en su hija una mirada escudriñadora; Juana comprendió que su padre dudaba de ella y se ruborizó súbitamente, sus ojos se bañaron en lágrimas y tembló convulsivamente.

— Hija, hija, ¿qué has hecho? gritó el guarda, no dudando que habria robado la moneda.

Juana exhaló un gemido, y la nube de carmin que coloreaba su semblante fué reemplazada por una palidez mortal, y toda la sangre se le agolpó al corazon.

Ante el pensamiento de que su padre pudiera pensar mal de ella, se sintió acometida de un dolor intenso y cayó al suelo desmayada, como la palmera tronchada por el rayo.

— ¡ Me ha deshonrado ! murmuró él guarda ; ha robado esa media onza sin duda al pensar en mi estado... pero prefiero morir á no tocar ese dinero... Juana, Juana, perdonadla, Dios mio, su amor filial la ha hecho cometer esa accion.

Y su calentura crecia y se retorcia en su pobre lecho, interin Juana no daba señales de vida ; despues de un rato volvió en sí, y tiritando de frio se sentó en una silla para aguardar el dia y cuando amaneció, se acercó á su padre quien la dijo ya mas tranquilo.

— Juana, es preciso devolver esa moneda, dá-mela, hasta que se averigüe quien es su dueño.

La niña obedeció, y el guarda puso los ocho duros bajo de su almohada ; en su casa no habia nada para almorzar, ni dinero con que comprar un pedazo de pan, pero el hombre honrado pone su confianza en Dios.

— Vete á la iglesia, hija, y confiéstate.

Juana dió un beso á su padre y salió, yendo á arrodillarse delante de un confesonario y confiando sus penas á un buen ministro del Señor.

— Es preciso devuelvas esa moneda, la dijo.

— Así pienso hacerlo, padre mio, pero no sé quién es.

— Averigua y si nada adelantas yo te ayudaré.

Juana volvió á su casa y le refirió á su padre, lo que el confesor la habia dicho.

— Tal vez es inocente, pensó el guarda.

— Padre, voy en casa de la Josefa, porque ella conoce á todos los que van al cementerio, y tal vez podrá decirme quien es el caballero.

Y Juana, llena de esperanza, llegó hasta la casa de una anciana vecina suya.

— Buenos dias, señora Josefa.

— Buenos te los dé Dios, Juanilla, ¿cómo esta tu padre?

— Sigue lo mismo, muchas gracias, pero vengo á ver si podeis sacarme de un apuro.

— ¿Qué es? ¿qué es? habla.

— Ayer viendo á mi padre tan enfermo y tan pobre, determiné pedir una limosna para socorrerle.

— Hicistes muy bien, hija.

— Pero serian las cuatro cuando ví llegar al cementerio un lujoso coche, del que bajaron un señor y una señorita.

Y Juana refirió lo que ya sabemos, hasta indicar el objeto que allí la llevaba.

— ¿Pero y cuánto te dió, niña?

— Una moneda de oro.

Los ojos de la vieja brillaron de codicia y exclamó:

— ¿Una moneda de oro?

— Sí, señora, media onza, pero cuando quise devolvérsela ya se habia marchado.

— ¿Pero y para qué devolverla?

— Porque no dudo se equivocó.

— ¿Y á tí qué te importa? que lo hubiera mirado antes.

— ¡Ay! no, señora; el señor cura dice que mi deber es devolverla.

— Eres una necia, la fortuna está pendiente de un cabello y no se debe soltar, porque la ocasion es calva.

— Dispensadme; yo no he venido sino á saber si conoceis al caballero que me dió la moneda.

— No le conozco ni voy á perder mi tiempo en tonterías, dijo la Josefa con rabia, anda y que lo averigüe el señor cura.

— Pasadlo bien, contestó secamente Juana y fué á encontrar al confesor.

— Padre, nada he podido saber, pero mi conciencia no está tranquila, poseyendo un dinero que no es mio.

— Yo averiguaré quien es su dueño, toma un duro, socorre á tu padre y espérame.

Mas tranquila la infeliz niña volvió á su casa, y despues de enterar á su padre de todo, le sirvió un ligero alimento y aguardó.

No habia pasado largo rato cuando llamaron á la puerta, Juana corrió á abrir. Era el venerable sacerdote.

— La paz de Dios, sea en esta casa, dijo al entrar: ¿Cómo estás?

— Señor, muy triste contestó el guarda.

— Animo, amigo mio; es preciso tener resignacion.

— Padre mio, no espero ya nada, y así como el Redentor decia: *Mi mision no es de este mundo*, lo mismo digo yo ahora: Y sin embargo, ¡ con cuánto sentimiento dejo este valle de lágrimas!

— ¿Por qué?

— Por mi pobre Juana, que no tiene mas apoyo que el mio, y sin mí, ¿qué será de ella?

— No desesperes; la bondad de Dios es infinita; esfuérzate un poco, levántate, sal á respirar el aire de la campiña, y alégrate con los dones que la Providencia ha derramado con mano pródiga.

— Nada, nada, no tengo ánimo, las flores desmayan á impulso del huracan y mueven; tambien yo voy á morir muy pronto.

— El hombre que desconfia de la misericordia divina no es acreedor á sus beneficios, y en todo debemos respetar su voluntad; pero ya es hora que vaya Juana á devolver esa moneda.

— Pero, señor, ¿y á quién?

— Al marqués de Montefrío, que vive en la calle de Moralejas.

III

LA HIJA DEL MARQUES

Juana se encaminó rápidamente en casa del marqués y llamó á la puerta.

— Decidme si esta en casa el señor marqués, preguntó á un criado.

— Vete de mi casa, vagabunda, dijo encolerizada una jóven que salia de una habitacion baja.

— Señorita, perdonadme, balbuceó Juana, tenia que hablar con vuestro padre.

— Mi padre no está en casa, y ademas no puede dar limosna á cada momento.

— Pero si no...

— Vaya una insolencia, ¡atreverse á venir á esta casa!

La pobre Juana se echó á llorar, y la orgullosa Teresa la mandó arrojar á la calle.

¡Caridad santa y bienhechora hija del cielo! tú que igualas las clases y fortunas, ¿dónde estabas? Pero tú que vas acompañada de las demas virtudes tus hermanas, ¿no podias albergarte en el corazon duro de Teresa?

Juana fué conducida á una cárcel, por creer

los agentes de la autoridad que habia insultado á la hija del marqués.

¡ Pobre niña ! habia sido perseguida en recompensa de una buena accion ; pero Dios vela por sus escogidos.

Cuando llegó á noticia del guarda que su hija estaba presa, no pudo dudar de que la moneda era robada, y la impresion fué tan grande, que empeoró y fué preciso conducirlo al hospital.

El confesor se presentó en casa del marqués, deseoso de averiguar la verdad, y le puso al corriente de lo sucedido.

— ¿ Qué decis, señor cura ? la soberbia de mi hija ha causado todo ese daño, y Juana es inocente.

Y el marqués se vistió precipitadamente y acompañado del sacerdote, lograron hacer poner en libertad á Juana, dirigiéndose al hospital, para tranquilizar al guarda y presentarle á su virtuosa hija.

El marqués volvió á su casa y llamó á Teresa.

— ¿ Qué te hizo aquella desvalida niña, para que tú la hicieras arrojar de casa ?

— Nada, padre mio.

— Pues entonces, ¿ por qué la insultastes ?

— Porque venia á pedirnos otra limosna, no contenta con los ocho duros.

— Nada venia á pedir, al contrario, creia era imposible la hubiera dado tanto.

Teresa quedó sorprendida al escuchar tales razones, porque tal es el poder de la virtud, que no se puede menos de admirarla.

— Ahora Juana vendrá, y delante de todos los criados la pedirás perdon, no para que se enorgullezca, sino para darte una severa leccion.

Y haciendo comparecer á Juana, la dijo.

— Pídela perdon.

Juana se arrodilló temblando, pero el marqués la tomó por la mano diciendo.

— ¿Qué haces?

— Señor, obedeceros y pedir perdon á la señorita.

— No eres tú, es mi hija la que te ha faltado y ella debe arrodillarse.

— Y ¿cómo lo he de permitir?

Cayó Teresa de rodillas, llorando, pero no de arrepentimiento, sino de coraje al verse humillada.

— Dispensadme y desenojad á mi padre, Juana.

— Yo os pido perdon mi buena señorita, de haberos causado este disgusto contra mi voluntad.

— Tú no le has causado ningun daño: repuso el marqués.

Desde aquel dia Juana permaneció en casa de Montefrío, el que la protegía en todo, pero Teresa la odiaba con todo su corazon y aun cuando

su padre procuraba evitar que faltase á Juana, esta pasaba una vida muy poco tranquila en casa de su protector.

La enfermedad del guarda se habia ido agravando y al fin mandó en busca de su hija para darla su bendicion.

— Padre mio, mi querido padre, creo que no estais tan enfermo como creeis.

— ¡Ay! Juana de mi alma, me muero, pero estoy tranquilo por tu suerte.... sé que en la casa donde estás todos te aman, sé que tus protectores no te abandonarán y confié en que siempre serás digna de su aprecio.

— Verdad es, padre mio, dijo Juana, soy muy feliz, pero ¿podré seguir siéndolo sin vos?

Juana engañaba á su padre, al decirle que era dichosa, pero qué habia de hacer? acibarar sus últimos momentos? atormentarle y desvanecer aquellas ilusiones? No, su deber era tranquilizarle en su hora postrera.

Es mayor el dolor de tener que aparentar dicha y felicidad que el dolor mismo, y esto era lo que Juana sentia : la persecucion de Teresa era viva, continuada pero oculta, era el blanco perpetuo de la envidia de los criados que miraban con despecho la proteccion del marqués, y veia morir á su infeliz padre sin poder revelarle los tormentos que destrozaban su corazon.

Derramando lágrimas vió pasar el dia, hasta que espiró el pobre guarda, entonces acongojada se dejó separar de aquel sitio y conducir á casa de Teresa.

— Hija mia, la triste Juana acaba de perder á su padre y no tiene á nadie mas que á nosotros, es preciso que mires por ella.

Teresa rompió en llanto.

— Que te sucede, hija mia?

— Papa, temo que llegueis á querer á Juana mas que á mí, contestó la artificiosa jóven.

— ¿Cómo amarla mas que á tí? á quién puede preferir un padre mas que á su hija? la dijo enternecido el marqués: no, pero Juana es virtuosa y desgraciada; por eso deseo protegerla.

IV

HUMILDAD Y SOBERBIA

El marqués, algun tiempo despues trasladó su residencia á Córdoba, y Juana era considerada por él como perteneciente á la familia. Un maestro la instruyó en la lectura y escritura, y con su despejada inteligencia y sus virtudes eclipsaba á Teresa, como los rayos del sol á los demás astros que brillan en el cielo.

Una noche la hija del marqués asistia al teatro, deslumbradora de galas y joyas y allí se fijó en un jóven, que ya habia encontrado en algunos bailes. Su alma que no encerraba sino cálculo y ambicion, formó el plan de enlazarse con aquel hombre, que al parecer era rico y noble.

Pocos dias pasaron, cuando lo volvió á ver en un baile y allí el jóven, que era de Sevilla é hijo de un amigo del marqués, pidió licencia á este para presentarse en su casa.

Así se verificó y muy pronto Teresa y Valcárcel se unieron en matrimonio. Uno de los atractivos que tenia aquel enlace á los ojos de Teresa era que se separaba de Juana, á quien odiaba cada dia mas.

En la sierra de Montilla, situada como á dos leguas de Aguilar, en aquella pintoresca y risueña comarca, fué donde Teresa y Federico Valcárcel, pasaron los primeros meses de su matrimonio.

Teresa no sabia apreciar las escelentes cualidades de su esposo y este tampoco se casó con ella sino por su belleza ; y como no habia estudiado su carácter ni comprendido que en aquel corazon no se albergaban las virtudes, debia causar la desgracia de ambos esposos.

Entretanto Juana habia sido pedida al marqués por un honrado labrador, laborioso y caritativo.

Varias veces al llevar la renta de una huerta, habia admirado el candor y las buenas prendas de Juana, y aun cuando era muy linda, no buscó en ella la belleza del rostro, sino la del alma, la sencillez y la bondad.

Siempre hay un instinto misterioso que liga al bueno con el bueno y que se comprendan con una palabra.

Esto sucedió con Juana y Pedro Lopez : de modo que un dia el jóven la ofreció su modesta fortuna y su nombre, y ella le dijo :

— Hablad al señor Marqués, y si él consiente será vuestra esposa.

V

AMALIA

Montefrio dotó á Juana con algunas tierras, ovejas y la canastilla de boda.

Pedro aportó al matrimonio una buena casa en los alrededores de Aguilar, buenas tierras y viñedos.

La linda desposada no deslumbró con sus galas como Teresa, pero llevó la mas rica corona sobre su frente: la de la virtud.

Pedro adoraba á su esposa, y esta sentia por él

ese cariño puro, esa confianza del corazón basada en la honradez, y los dos se ocupaban en mejorar su hacienda.

Mientras que Juana gozaba de una vida modesta y tranquila Teresa se entregaba á la disipación y á la vanidad; habitaba en Sevilla una lujosa casa y malgastaba su fortuna y la de su marido.

Un día aguardaba con impaciencia la llegada de Federico, lujosamente vestida, y cuando se presentó le dijo.

— Gracias á Dios; han llegado?

— Sí, y te aseguro que son preciosos pero muy costosos.

— ¿Qué importa? ¿Berlina y carretela?

— Sí, y ya mandé preparar la carretela.

— Perfectamente: así podré humillar á Amalia y la haré rabiarse de envidia.

— ¡Siempre la vanidad! dijo Federico con marcado disgusto.

— ¿Y qué extraño encuentras que haga alarde de nuestras riquezas?

— ¡Ay! Teresa, la paz del corazón y el hogar doméstico, es la verdadera felicidad.

— Tienes un carácter opuesto por completo al mío: pero déjate de tonterías, vamos.

Amalia había sido compañera de Teresa en el colegio, pero era buena y sencilla, y vivía entregada al placer de educar á su única hija.

Al llegar Teresa, un criado abrió la puerta y saludó diciendo.

— No sé si la señora podrá recibir.

— Soy la marquesa de Valcárcel.

— Sí, señora, pero anoche al volver de visitar á una enferma se sintió indispuesta y estamñana han declarado los médicos que eran viruelas.

— ¡Viruelas! gritó Teresa retirándose del criado.

— Pero se sabe si son benignas ó de mala clase? preguntó Federico con interés.

— ¡Qué te importa, quieres que nos contagiemos?

Y se lanzó por la escalera, subió á su carruaje y se hizo conducir á su casa.

Toda la tarde estuvo preocupada y al dia siguiente se sintió enferma declarándosele las viruelas al tercer dia.

Su gravedad llegó hasta el punto de hacer temer por su vida, hasta que hizo crisis la enfermedad y ya convalesciente pidió un espejo.

— ¡Dios mio, exclamó, estoy horrorosa!

Su belleza, de que estaba tan ufana habia desaparecido: su cutis antes tan rosado y fino, se tornó áspero y arrugado, y hasta sus ojos habian perdido su brillantez.

La fé y la caridad podian consolarla, pero blasfemó y se hizo insoportable de tal modo que perdió el cariño de su esposo.

Un dia dijo á su doncella :

— Julia, avisa á mi esposo que tengo que hablarle.

— El señor marchó anoche.

— ¿Cómo?

— La verdad, señora; el mayordomo ha sido encargado de una carta para vos.

Teresa exigió le entregaran la carta y al encontrarse sola lloró amargamente :

— Dios mio, me abandona... sí, eso es, y leyó de nuevo :

« Teresa, soy muy desgraciado á vuestro lado : parto pues para bucar la tranquilidad en los viajes; os señalo una corta pension, pues estoy arruinado por vuestras prodigalidades; podeis vivir en casa de vuestro padre puesto que él está en Inglaterra.

« FEDERICO. »

Teresa, quiso encerrarse en sí misma, pero solo encontraba vacío por que no recordaba ninguna buena accion, ni tenia fé y virtud.



VI

FANY

Cuan feliz es aquel que al registrar su conciencia la halla pura.

¿No habeis reparado algunas veces en esas ancianas venerables, cuya tersa frente, blanca cabellera y cuyo rostro, á pesar de la edad, no está surcado por arrugas, indicio cierto de la tranquilidad de su alma?

Al contrario los que al embate de las malas pasiones han gastado su corazon, son la imágen del árbol seco que no brinda al viajero ni fruto, ni sombra.

Teresa, despues del abandono de su marido, se retiró á la casa de Aguilar y solo de vez en cuando recibia alguna noticia de su padre, quien se habia casado de nuevo con una bella irlandesa.

Un dia recibió una carta con sobre de luto y sello negro.

La abrió y leyó lo siguiente :

« Señorita, he tenido el dolor de perder á vuestro padre á los pocos meses de haberle concedido el cielo un heredero de su título ! »

— Dios mio, exclamó Teresa, esto solo me faltaba : un heredero del título que me hace perder todo.

« Pienso ir á pasar el fin del luto á Aguilar, para que mi hijo, segun la última voluntad de mi esposo, se eduque en su patria : por lo tanto os lo advierto la víspera de salir de Lóndres; vuestra afectísima.

« Fany EDWARDS. »

Le pareció á Teresa que todo aquello era un sueño sin comprender que la Providencia empezaba á humillar su soberbia.

— Julia, gritó, Julia, prepara todo, que partimos para Sevilla; no quiero ver á esa extranjera que me roba mi fortuna, despues de haberme arretabado el cariño de mi padre.

Pero en aquel momento entraba un carruaje en el patio, bajando de él una jóven vestida de luto, una nodriza con un niño y un hombre, al parecer mayordomo.

— Es ella, tendré que apurar hasta las heces la amargura y la desesperacion.

— Señorita, es la señora marquesa.

— Ya lo sé, Julia, voy á saludarla.

Lady Edwards era ambiciosa, y esto mismo la habia hecho ponerse en camino para España á fin de disputar la pingüe herencia de su esposo.

Al entrar Teresa en el salon la encontró dando órdenes, y desde luego comprendió que no hallaría gracia á sus ojos.

— ¿ Sois la hija mayor de mi esposo ?

— Sí, señora ; soy la marquesa de Valcáreel.

— Viuda.

— ¿ Cómo viuda ?

— Sí, supe la muerte de Federico al pasar por París ; creo os sea indiferente ; añadió la irlandesa con frialdad.

— Sois muy cruel.

— ¿ Por que no es así ?

Y desde aquel dia sufrió Teresa el despotismo de aquella mujer hasta que no pudiendo sufrir mas la dijo.

— Soy la hija mayor de vuestro esposo, y en realidad debia ser la dueña de todos sus bienes.

— Aquí no sois nadie ; vuestro hermano es el marques de Montefrio.

— Me robásteis el cariño y la fortuna de mi padre...

La irlandesa se acercó á la campanilla y llamó.

Se presentó el mayordomo.

— Juan , acompañad á esta señora hasta la puerta, dijo con frialdad :

— ¿ Cómo me arrojais de mi casa ?

— Sí, y espero que jamás volvereis á poner los piés en ella.

Teresa, salió velozmente y se dirigió al campo sin saber si soñaba ó estaba despierta.

Buscaba la soledad, único consuelo de los soberbios; retiro predilecto porque no hay cuadros que puedan recordarles el pasado y el presente.

Sin embargo, Teresa necesitaba un asilo, y maquinamente se dirigió hácia el cementerio; las campanas lanzaban sonidos lúgubres como si anunciaran algun grave acontecimiento.

En la puerta se agolpaba la multitud contristada llevando coronas de siempre-vivas y ramos de flores.

Algunas mujeres lloraban ó recitaban oraciones, porque era el dia de todos los Santos.

Al encontrarse Teresa, arrastrada por aquella oleada de gente quiso huir, pero no pudo conseguirlo y sin saber como se encontró cerca de la tumba de su madre.

Entonces le pareció que se veia jóven y hermosa, al lado de su padre: vió á Juana implorando su caridad y ella cruel y altanera rehusarle una limosna.

Algunos remordimientos invadieron en tropel su imaginacion, y derramando lágrimas cayó sobre una losa luchando consigo misma, hasta que se desmayó.

VII

LA CASA DE JUANA

En el momento en que Teresa caía privada de conocimiento llegaban cerca de ella una jóven con un niño en los brazos y un hombre de bondadosa fisonomía.

Al ver caer á Teresa corrió hácia ella y al reconocerla exclamó :

— Pedro, es mi señorita, la hija de mi protector.

¡ Oh! ¡ virtud ultrajada! allí en el sitio en que la pobre niña había sufrido la altivez de Teresa, allí la encontraba pobre, sin asilo, exánime y sin amigos.

El corazón generoso de Juana se conmovió y se propuso recompensar en su hija los favores que había recibido del marqués.

Juana era feliz: Lopez la adoraba, y un hermoso niño era un nuevo lazo de ventura.

El cuidado de aquellos seres queridos y de su casa formaban toda su dicha y sus virtudes acrecentaban su belleza, siendo como los rosales de su verde heredad, que todo lo perfumaban.

Cuando Teresa volvió de su desmayo se encon-

tró en una habitación aseada aunque modesta, alegre y con dos ventanas á un jardín, por las que penetraban los rayos del sol.

Blancas cortinas de muselina, sillas de paja y un crucifijo á la cabecera de la cama, componia todo el mueblaje.

Algunos momentos pasaron desde que Teresa contemplaba todo lo que la rodeaba cuando entró Juana.

—¿Señorita Teresa, cómo estais? la preguntó con voz cariñosa.

—¿Cómo estoy aquí? contestó la jóven, confusa.

—Mi esposo y yo os encontramos desmayada, y os conducimos á nuestra casa.

—Gracias, Juana, gracias, eres un ángel.

—Señorita, cuanto poseemos es vuestro y aun así no podría pagaros todo lo que vuestro padre hizo por mí.

Los ojos de Teresa se llenaron de lágrimas, pero eran de ternura y gratitud.

Todo aquel día permaneció acostada, porque su organización habia sufrido choques muy rudos y en su alma penetraba el remordimiento.

Aquella noche durmió tranquila, y Juana notó con alegría que su sueño era tranquilo.

El dolor empezaba á purificar el alma de Teresa y aquella noche soñó con los ángeles.

En una larga conversacion refirió al dia siguiente á Juana todas sus desgracias, añadiendo.

— Todo lo he perdido, padre, esposo, fortuna; pero esto último no lo siento, pues ha sido causa de que mi corazon reconozca sus yerros.

— ¿Señorita, por Dios, quien es perfecto en la vida?

— Tú, la mas generosa de las criaturas; tú cuyas virtudes han sido la fuente donde se ha purificado mi alma, donde he bebido la fé y la esperanza.

— Por Dios, exagerais.

— No ya le he dicho á Pedro lo que deseo, y ya oigo su voz que me anuncia haber hecho lo que le encargue.

El marido de Juana entró en aquel momento.

— ¿Todo está arreglado? preguntó Teresa.

— Todo, señorita.

— Pues vamos.

— ¡Tan pronto! exclamó Juana, si supierais que feliz me considero al teneros en mi pobre albergue.

— Sí, tú eres muy buena; pero mi resolucion es irrevocable; tambien yo encuentro la vida agradable en tu morada, pero mi puesto está en otra parte.

— Señorita, señorita, vos tan jóven...

— Adios, abrázame, mi única amiga, mi generosa salvadora.

Juana se arrojó llorando en sus brazos.

VIII

LA HERMANA DE CARIDAD

Pasaron algunos años, cuando un día se presentó un lacayo en el hospital general de Córdoba, preguntando por sor Teresa, y manifestando que una señora muy enferma deseaba hablarla.

Teresa, pues era ella, accedió al momento, y envolviéndose en su manto siguió al lacayo hasta una casa rica y elegante.

Teresa, ejemplo de virtud y de caridad cristiana, la primera en socorrer á los desgraciados, pues si una madre se veía postrada en la cama, sin pan para sus hijos, la decían :

— Acudid á sor Teresa.

Si no se encontraba una enfermera para un colérico ó atacado de tífus.

— Llamad á sor Teresa, porque Dios la destina á grandes obras, y su vida no corre peligro.

Y la fama de una vida tan santa se extendió por toda la Andalucía.

Por eso la buscaban y por esto mismo se encontraba al lado de la cama de una moribunda.

— Dicen que deseais hablarme, señora, dijo con dulzura.

— Sí, hija mia, he oido decir que sois tan buena y mi hora se acerca.

Estas palabras, aunque pronunciadas en voz muy baja, despertaron un vago recuerdo en Teresa, le pareció que conocia aquella voz.

— Deseo que mi fortuna se reparta entre los pobres y en las casas de beneficencia, y vos que sois tan caritativa y virtuosa cumplireis mi postrera voluntad.

Teresa dió un grito.

— ¿Qué teneis? preguntó la enferma.

— ¡Dios mio, Dios mio, qué impenetrables son tus juicios! aun me estaba reservada esta última prueba.

— Dispensadme, señora, añadió no ha sido nada, un pequeño dolor.

— Me muero... me muero...

El médico que entraba en aquel momento se acercó á la cama y contempló á la enferma.

Teresa, entretanto dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció pensativa, le parecia que todo lo que la rodeaba no era nuevo para ella, aquellos muebles, aquellas colgaduras, la recordaban su juventud y sus faltas; despues de un momento se acercó al médico.

— Sor Teresa, ¿vos aquí? siempre al lado del que sufre, sois infatigable; pero os encuentro pálida, delgada, es preciso os cuideis...

— No tengais cuidado, doctor; mi vida pertenece ó los pobres; ¿qué hay que hacer con la enferma?

— Darle esa medicina, cada media hora; hay poca esperanza.

Y saludando con respeto á Teresa, salió.

La hermana de caridad se adelantó hácia la cama, llevando la primera toma, la que tomó la enferma.

— Esto me vuelve á la vida, dijo, escuchad... Por mi testamento os entregarán una fuerte cantidad, en vos confío... mando que se emplee otra suma en asegurar la felicidad de una familia que sea muy desgraciada, porque yo soy sola en el mundo.

— ¿Pero y vuestro hijo? preguntó involuntariamente Teresa.

— Mi hijo murió, murió el pobrecito... le aborrecian... le mataron.

— Ya delira, Dios la perdone como yo la perdono.

Y Teresa cayó de rodillas y se puso á rezar por Fany Edward.

La viuda del marqués de Montefrío habia perdido á su hijo de resultas de unas calenturas, y aquella pérdida ocasionaba su muerte.

Cuando Teresa, despues de haber recibido el último suspiro de Fany, volvió á su convento, se arrodilló á los piés de un crucifijo, diciendo :

— Perdonadla, Dios mio, mucho daño me causó, ¿pero quién fué mas culpable? yo. Ella era la viuda de mi padre y debí respetarla; ella me arrojó de la casa donde habia nacido, pero perdonadla y perdonadme mis culpas.

Aquel mismo dia la acometió una fuerte calentura, y á los pocos dias se perdió toda esperanza de salvarla; durante su enfermedad se entregó á la contemplacion interior, y Dios absolvió todos sus pensamientos.

Las hermanas de caridad rodeaban su lecho y decian :

— Muere como una santa.

Mandó llamar á Juana, y cuando esta acudió, la dijo con voz triste :

— ¡Juana, me muero!

— Morir, ¡oh! no ¡ vos, la madre de los pobres!

Y la honrada labradora lloraba amargamente, estrechando los manos de Teresa.

— Si me muero, que me entierren en Aguilar... al lado de mi madre.

Pareció que recobraba fuerzas y se incorporó, diciendo :

— Dios mio, recibidme en el seno de vuestra misericordia.

É inclinando la cabeza sobre Juana, espiró.

Sus restos están en el cementerio de Aguilar, al

lado de su madre, y sobre su tumba se vé una modesta cruz, con la siguiente inscripcion :

AQUI YACE LA MADRE DE LOS POBRES : ROGAD POR ELLA.

Aun conserva Juana un hábito de la hija de su protector, y en medio de su felicidad derrama lágrimas y conserva su recuerdo en el corazon.

EL ANGEL DEL GUADALQUIVIR

I

LA CARIDAD

En la feraz y pintoresca campiña que rodea la ciudad de Córdoba, existia, hace diez ó doce años, una casa de campo, circundada de frondosos árboles, y en donde se admiraban las mas lindas flores y los frutos mas sabrosos y perfumados.

En una riente mañana de primavera, en que la naturaleza aparecia alegre y risueña, en que el sol penetraba por todas partes, inundando con sus rayos los bosques y los valles, las cabañas y los palacios, reflejándose en las aguas de los arroyuelos, y prestando calor y vida á las flores y á los pájaros, una ventana de la casa se abrió, y entre los

ramos de jazmines y de rosas apareció una dulce y lánguida fisonomía.

Era una jovencita que contaría diez y nueve años pálida y con abundantes cabellos negros.

Recostada en un cómodo sillón, aspiraba el aire puro, y su mirada se elevaba al cielo azul y diáfano con expresión de gratitud infinita.

Una señora jóven aun se encontraba á su lado ; prematuras arrugas surcaban su rostro, y algunas canas se mezclaban en sus negros cabellos.

De vez en cuando fijaba su inquieta mirada en la jóven, y ahogaba un profundo suspiro.

— María, hija del alma, ¿ no sería mejor que te volvieras á acostar? estás hoy mas pálida y sin fuerzas.

— Querida madre, sois demasiado aprensiva y me creéis mas enferma de lo que en realidad estoy, y sino el doctor Peralda lo dirá.

— Dios lo quiera, hija mia, porque tú eres mi único consuelo y mi alegría.

— ¡Cuánto me gusta, este sol parece que hasta me reanima !

Y María reclinó su hermosa cabeza en el respaldo del sillón.

María de Salazar era hija única de los marqueses de Fuentes, y habia sido educada en el colegio del Sagrado Corazón, en París. Sus primeros años corrieron felices, sin que nada turbara la dicha

de la niña, hasta que, un día, jugando en el patio de recreo con una de sus compañeras mas querida, la impulsó demasiado y al ver que iba á caer se lanzó á detenerla; no pudo conseguirlo y cayeron juntas hiriéndose María en el pecho contra un banco de hierro.

Desde aquel momento empezó á decaer hasta el punto de que temieran los médicos por su vida, aconsejando á la marquesa de Fuentes volviese á España, á fin de ver si los aires puros de Andalucía devolvian la salud á María, pues podia sucumbir de esa terrible enfermedad llamada tísis.

Su viaje fué muy penoso, y á su llegada su estado era tan alarmante, que la marquesa envió á Madrid en busca del doctor Peralta, médico de la familia, pues María no quiso ser asistida por otro.

II

Aquella mañana le aguardaban, y efectivamente, apenas habia trascurrido un momento desde que María permanecia en el sillón, cuando el ruido de un carruaje hizo que la marquesa se lanzara á la puerta de la sala para recibir á Peralta.

Este era un hombre de treinta y seis á treinta y ocho años, con ojos pardos y espaciosa frente, en la que se leia la inteligencia y el talento.

Además era afectuoso y amable, y su conversacion encantaba.

— Vamos, dijo al entrar, ¿qué es esto?

— ¡Ay! doctor, os esperaba como á un ángel del cielo, exclamó la marquesa.

— ¿De veras? pues no soy sino un simple mortal.

— Sí, pero ahora teneis en vuestra manó darme la vida ó la muerte.

María sonrió adorablemente y le dijo :

— Doctor, mamá crée que estoy muy enferma, pero decidla que amo demasiado la vida y que con la ayuda de Dios no moriré.

El médico examinó á la jóven, la tomó el pulso, la hizo algunas preguntas y tratando de tranquilizar á la marquesa, dijo :

— No es cosa muy grave, pero no comprendo cómo con la robustez de María ha podido decaer tan rápidamente.

— Escuchadme doctor; María recibió un golpe en el colegio.

Y la marquesa refirió lo sucedido, mientras el médico escuchaba con la mayor atencion y sin embargo que se proponia no asustar ni á la enferma, ni á su madre, no por eso dejaba de conocer la gravedad que existia, pues un pulmon empezaba á estar comprometido y el rostro de la jóven manifestaba los progresos de la terrible enfermedad.

Desde aquel momento no se separó de la cabecera de la enferma combatiendo el mal, y contando para salvarla con la fuerza de la juventud, el mas poderoso auxiliar.

La marquesa, mas tranquila y confiada en la ciencia y perspicacia de Peralta, seguia con ansiedad sin embargo, las diferentes alternativas del mal.

Por fin cedió, no sin haber tenido que luchar bastante, y cuatro meses despues estaba convalesciente y sentada al lado de un balcon contemplando el risueño paisaje que desde allí se descubria, escuchando el canto de los ruiseñores y admirando el azul del cielo.

María era de un carácter angelical, caritativa, piadosa y el doctor la profesaba verdadero cariño, por lo que, no se habia separado de su querida enferma aceptando la proposicion de permanecer en la quinta.

— De modo, niña mia, la dijo una tarde, que ya ese pálido rostro recobra su carmin y los lábios antes descoloridos vuelven á tener el color de la rosa, y muy pronto podreis salir á pasear por el campo.

— ¡Ah! doctor, ¿cómo podré pagaros? vos me habeis salvado la vida.... ¿no es cierto, madre mia?

— Le debes la vida y yo mas tal vez, pues sin tí, ¿qué seria de tu pobre madre? ¡oh! Dios mio;

viuda hace diez años, ¿cuál sería mi vida sin mi hija? ¿cómo podré recompensaros, doctor?

— Nada es para mí de tanto precio como vuestra amistad, pero si algo pudiera reclamar de vos sería en favor de los pobres pues la caridad es lo mas agradable á los ojos de Dios.

— Me habeis adivinado: he pensado solemnizar el restablecimiento de María repartiendo numerosas limosnas.

— Despues de haber visto la muerte tan cerca; despues de haber considerado cuan poco valen la riqueza y la hermosura que con un soplo puede destruir la mano de la Providencia, dijo María, ¿podria yo volver á ser la jóven ufana con su fortuna y con su belleza? no, he reflexionado que algunas veces he desechado tal vez los ruegos de los desgraciados, habré mirado su miseria con indiferencia, y cuanto mas grande es la mision en la tierra de aquel que Dios ha dotado de cuantiosos bienes? qué recuerdo mas grato puede dejar que el del bien que haya hecho á sus semejantes?

III

— Hay un punto al que deseo contestaros, mi querida enferma, decís que habeis reflexionado en el poco valor de la hermosura y de la riqueza, la

primera de estas dotes es de la que depende una de las mas grande virtudes ; ser indulgente para con aquellos á quienes la Providencia ha negado la belleza fisica , y saber apreciar la moral que es la principal, y al mismo tiempo agradecer á Dios, la perfeccion que nos ha concedido fisicamente y realzarla con nuestras virtudes : en cuanto al segundo punto os diré que la riqueza la reparte el Señor para que seamos útiles y demos sustento al indigente ; hace pocos dias cuando vuestro peligro habia pasado, fui á Córdoba y visite una pobre familia, que ofrecia un cuadro desgarrador.

— Y quienes son, amigo mio? he formado el propósito de dedicar mi vida á la caridad.

— Noble pensamiento, María, dijo la marquesa, desde luego te ayudaré, para que le cumplas.

— Esa pobre familia, repuso Peralta, se compone del marido, la mujer y dos niños hermosos y buenos como los ángeles ; el padre al caer de un andamio se hirió en una pierna y ahora se encuentran sin pan.

— Corred, amigo mio, dijo la marquesa entregándole un bolsillo, corred y llevadles este socorro, en nombre de mi hija, de mi María.

— Desde luego que hacer un bien no se debe retardar y voy en el instante.

Peralta se hizo conducir á Córdoba en el carruage de la marquesa y una vez en la poblacion,

se dirigió á pié hasta la casa del pobre albañil.

La miseria mas profunda reinaba en la vivienda del desventurado Pablo; en un rincon de la estancia, se veia un jergon donde dormitaba el enfermo; un hogar sin fuego, una mesa y dos sillas rotas y dos niños pálidos y estenuados completaban aquel cuadro.

— Andrea, tengo hambre, dijo el niño á su hermanita, cuanto tarda nuestra madre.

— Calla, que no te oiga padre porque el pobre no puede hacer nada por nosotros; qué triste es no tener un bocado de pan: ¿qué decis, hijos míos, exclamó Pablo, qué teneis hambre? ya vendrá vuestra madre y si nada ha conseguido me iré al hospital; por ventura los pobres no son los hijos amados de la providencia.

Los dos niños sollozaban y se habian abrazado á su padre.

En aquel momento se oyeron precipitados pasos en la escalera y una mujer entró diciendo:

— Pablo, Pablo, demos gracias á Dios, hijos míos de rodillas.

— Julia, qué dices? quien ha podido ser nuestra providencia?

— Yo, dijo Peralta entrando, yo en nombre de un ángel de bondad, por quien rogareis á Dios.

Tomad y tened valor, que muy pronto vendrá vuestra protectora, á quien debeis todo.

— A vos, hombre generoso, que no solo asistis á mi Pablo, por caridad, sino que habeis empleado vuestro influjo con las personas caritativas.

Y Julia abrazaba llorando las rodillas del doctor, mientras que sus hijos la imitaban y Pablo bendecía al Sér Supremo.

IV

Ocho dias despues ante la casa del pobre albañil, se detenia un elegante carruaje y de él bajó una joven vestida de luto, apoyada en el doctor Peralta.

Era María: cuando la familia de Pablo los vieron penetrar en su habitacion, corrieron para arrojarle á sus plantas.

— Señorita, esclamaron, nuestra protectora....

— Por qué ese agradecimiento? acaso no es un deber en los ricos socorrer al desvalido? yo quiero daros los medios de ser útiles á la sociedad: Pablo, espero os restablecereis pronto; para entonces se tendrá buscado un taller de carpinteria con algunos apréndices; vos Julia, que sois laboriosa y honrada, abrireis un establecimiento para colocar á todas las jóvenes que carezcan de trabajo; Manuel ayudará á su padre y Andrea la llevaré á mi lado.

— Pero, señorita, ¿qué hemos hecho nosotros para tanta dicha ?

— Ser pacientes y honrados ; ¿eso es poco ? por mi parte necesito de vos, Julia.

— ¿De mí, señorita ?

— Sí, por vuestra mediacion sabré las familias que están necesitadas, y por vuestra mano recibirán los socorros, porque deseo permanecer ignorada.

— Noble jóven, dijo Peralta, esa es la manera de ejercer la caridad, y estoy seguro que el dia en que sepan vuestro nombre, será bendecido como el del ángel de este pais.

Cuando María, satisfecha y contenta, volvió á su casa, la dijo á la marquesa :

— Bendito sea el dia en que caí enferma ! cuándo podria haber tenido una satisfaccion mas inmensa que lo que hoy embarga mi corazon !

— Sí, hija mia, contestó la marquesa al escuchar el relato de la noble accion de su hija ; sí, es una gran satisfaccion escuchar las bendiciones de los desgraciados, ellas suben hasta el cielo y valen mas que todos los placeres mundanales.

Julia se ocupó en poner en práctica el plan de su protectora y buscó en la oriental Córdoba una casa para instalarse y reunir á las jóvenes desvalidas y faltas de trabajo.

Seis ó siete dias despues ya tenia nueve costu-

reras, que cosian dirigidas por la muger de Pablo, para las casas de beneficencia.

— Hijas mias, les dijo María, al visitar á sus pensionistas: voy á daros algunos consejos que debeis aprovechar; os encontrais bajo la direccion de una muger virtuosa y por consiguiente debeis respetarla y amarla; si vuestras familias carecen de lo necesario serán socorridas, y en esta casa aprendereis á perfeccionaros en la costura, practicando al mismo tiempo las reglas de moral y de virtud; ayudar á vuestros padres y servir á vuestros semejantes es la mision que os impongo y confio en que sereis sencillas, amables, honradas y caritativas.

Pasó algun tiempo y la casa de Julia prosperaba, saliendo de allí jóvenes virtuosas y buenas.

Pablo ganaba bastante y Manuel aprendia al lado de su padre, mientras Andrea, repartia las limosnas de su señorita.

El buen doctor Peralta, á la muerte de la marquesa de Fuentes ocurrida algun tiempo despues quedó como tutor de María.

La joven se dedicó á los pobres por completo, desechó todos los pretendientes á su mano y en el país no era conocida sino bajo el nombre del *Angel del Guadalquivir*.

LLEGAR A TIEMPO

En el pueblecito de San José que se encuentra á la salida de la puerta de Tierra, en Cádiz, entre sus lozanas y cultivadas huertas, y medio oculta entre las acacias, las lilas, las rosas y el heliótropo, se veían una modesta casita blanca ocupada por Paquita, graciosa jovencita de quince años, y su anciana madre, achacosa y débil, pero que aun ayudaba en las faenas domésticas á su hija.

El padre de Paquita habia sido un rico hacendado, pero especulaciones desgraciadas le habian hecho no solo perder la fortuna, sino la vida, pues el dolor de ver á su esposa y á su hija reducidas á la mayor estrechez le habia llevado al sepulcro, y Paquita, criada en la abundancia y el lujo, se vió reducida á tener que lavar su ropa,

llevar el agua y planchar, para sostener á su pobre madre, á quien adoraba y á la que sus repetidas desgracias habian envejecido antes de tiempo.

¡Cuánto se afanaba durante la semana para poder procurar el domingo algun agasajo á su madre y gozar con su sorpresa! ¡con cuánto cuidado, con qué filial solicitud la acompañaba en su paseo! Aquel era su rato de placer durante toda la semana, y todos los vecinos del pueblo, al verla pasar, esclamaban:

— ¡Es modelo de virtud, Dios la ayudará!

Enfrente de la casa que habitaban madre é hija, vivia un matrimonio que eran generosos y de buenos sentimientos.

Por heredero de su regular fortuna, les habia concedido Dios un hijo quien, al ejemplo de sus padres, era tambien honrado y bondadoso; muchas veces habian enviado obsequios á la madre de Paquita, y en una enfermedad que tuvo, fué su médico el que la asistió con el mayor esmero; así es que Paquita les estaba íntimamente reconocida.

La casa donde vivia la jóven tambien les pertenecia; y no habian querido admitir los alquileres, y solo por no herir el amor propio de Paquita, permitian que ella tuviera el cuidado de su ropa blanca.

Por su parte, Manuel, sabiendo que el mayor placer y tal vez el único solaz para la jóven era la

lectura, procuraba prestarla buenos libros y estaba contento cuando la veía feliz.

Paquita, también procuraba recompensar tantos favores y ya bordaba un pañuelo para la señora de Hernandez, nombre de su vecina; ya un taburete para el piano, bien una preciosa pechera de camisa, ó les llevaba los frutos que su pequeño huerto producía y las flores más frescas.

Un día en que Paquita estaba ocupada en recoger rosas y fresas, para llevarlas á sus bienhechores, oyó un gran tumulto y percibió la voz de su madre que la llamaba.

— ¡Ay! hija mía, exclamó, ¡qué desgracia!

Paquita se lanzó á la ventana y dió un grito: su protector, el padre de Manuel, era conducido entre alguaciles, en medio de los sollozos y gritos desgarradores de su familia.

— ¡Corre! hija mía, ¡corre! Procura, si te es posible, llegar hasta nuestra vecina é informarte.

Cuando la jóven penetró en la casa, encontró á la pobre esposa sollozando, estrechamente abrazada con su hijo, y por las esplicaciones de este comprendió lo sucedido.

Hernandez había salido fiador por las fuertes cantidades prestadas á un amigo suyo de la infancia, y este ó bien acosado por los acreedores, ú obligado por su porvenir, ó bien por mala fé, había huido, siendo Hernandez el responsable; y como



le fuera imposible hacer frente á cantidades tan crecidas, le condujeron á la cárcel.

La desesperacion de su esposa no tuvo límites, pues los bienes que poseian fueron vendidos, y se encontraron sin asilo.

La casa que habitaba Paquita se salvó de la venta, porque hacia tiempo que la señora de Hernandez, á fin de evitar que mas tarde, si la muerte los arrebatara, la jóven no tuviera que entenderse con sus herederos, habia simulado una venta.

Allí, pues se refugiaron y en el cariño de Paquita y en la gratitud de su madre, encontraron un manantial inagotable de consuelos; Manuel se hospedaba en Cádiz, en casa de un amigo que les era fiel en la desgracia, y que le ayudaba á dar pasos para defender al desgraciado Hernandez.

Entretanto Paquita era el ángel tutelar de las dos ancianas; siempre alegre como los pájaros, siempre risueña, nunca en sus rosados labios apreciaba el menor pliegue de enojo; se levantaba cantando y se consideraba dichosa cuando al concluir el dia, sus afanes eran premiados con una caricia de su madre, ó una palabra agradable de la señora de Hernandez.

Era uno de esos tipos sin ambicion y que se contentan con lo que la Providencia les depara.

Cuando no conseguia que una labor saliera á medida de su deseo sonria con su adorable sonrisa,

y la volvía á empezar; su dulzura y carácter apacible era tal, que jamás su madre la habia visto incomodarse ni decir una palabra.

En medio de sus cuidados, siempre encontraba un rato para distraer á las dos señoras, y tambien mas de una vez fué á prodigar consuelos al desgraciado Hernandez, al mismo tiempo que, con su dulcísima influencia, sostenia el valor de Manuel y le daba consejos oportunos.

El jóven la amaba, la veneraba como á una santa, y sentia que aquella niña angelical tuviera que atender con su trabajo al sustento de tres personas.

Así paso algun tiempo; la señora de Hernandez cayó enferma, y Paquita atendia á todo con la misma apacible tranquilidad y la misma resignacion.

La causa seguia sus trámites, y ya debia de sentenciarse muy pronto, cuando un dia, cerca del anochecer se presentó un hombre en la casita del pueblo de San José.

Paquita estaba en su jardin y se sorprendió al ver delante de sí á un hombre que no conocia.

— Perdonad, la dijo; ¿no es aquí donde vive la señora de Hernandez?

— Sí, señor; ¿deseais verla?

— Escuchadme antes; ¿sois Paquita Perez?

— Ciertamente, vuestra servidora.

El desconocido fijó su mirada en la jóven, y continuó :

— Sé que sois un ángel, señorita, y por eso voy á confiaros un secreto.

— Decid.

— Si Hernandez no presenta el dinero necesario, está perdido, pues ya lleva dos años de cárcel, y tal vez será condenado á presidio.

— ¡ Dios mio ! ¿ qué decis ?

— La verdad ; pero vos podeis salvarlo.

— ¿ Yo ? ¿ cómo ?

— Tomad : en esta cartera hay una cantidad suficiente para no solo que pague los débitos que otro hizo, sino que vuelva á ocupar su posicion anterior.

— Pero...

— Mañana, le hareis á Manuel que acepte ese dinero y salve á su padre, diciendo que es el fruto de una herencia, en cuanto á mí, debe ser un secreto para todos que me habeis visto.

— Pero entonces, ¿ cómo esplicar que ese dinero ha llegado á mis manos ?

— Vuestra pureza os salvará de toda sospecha. A Dios.

Atónita quedó Paquita ; pero calculando que aquel hombre podria tener motivos para no presentarse, se encomendó á la Providencia, resuelta á salvar á Hernandez.

En vano Manuel la preguntó, en vano las dos señoras quisieron averiguar, Paquita contestaba.

— Es un depósito que se me ha hecho para salvar á mi protector; pero jamás diré cómo.

Manuel aceptó, pues su fé ciega en la jóven le hacia no dudase un momento de su veracidad, y creyó que Dios mismo acudia en auxilio del autor de sus dias; pero no así Hernandez, quien se obstinó en rehusar la libertad, mientras ignorase la procedencia del dinero.

Los ruegos de su esposa, las caricias de su hijo, todo fué inútil, y tuvieron que desistir.

Paquita, por primera vez en su vida, se impacientaba, y Manuel tomaba su partido.

— Presentaos á los jueces, le dijo; decidles que teneis la cantidad, y haced den libertad á vuestro padre á pesar suyo, pues os juro en nombre de Dios que ese dinero me fué entregado para salvar á Hernandez.

La elocuencia de la jóven prestaba energia á Manuel, y así fué, que guiado por sus consejos logró, que á la fuerza saliera su padre de la cárcel.

Pudieron recobrar la casa vecina á Paquita, pero, desde el primer dia de su instalacion, comprendió la niña, que dudaban de ella y que si bien no

podian menos de tenerle agradecimiento, no sabiendo de dónde provenia el dinero, la miraban con prevencion.

¿Qué podian pensar de ella? Su vida era tan ejemplar que no daba base para nada; pero era una sospecha vaga, incalificable sí, pero que existia: la calumnia se cebó en la jóven, y solo, su madre y Manuel, creian lo que ella decia, inventándose mil cuentos á cual mas absurdos, llegando hasta el punto de creer que tenia connivencia con los contrabandistas, que se le habia visto de noche por el camino de la Cortadura, y al fin que su inocencia y dulzura era una máscara con la que ocultaba su hipocresía.

Paquita arrojó la reprobacion pública, y como su conciencia estaba tranquila, confiaba en Dios y seguia ocupándose de su madre. Pero lo que la causó un verdadero dolor fué el que prohibieran á Manuel que continuara tratándola. El hijo de Hernandez, que desde hacia mucho tiempo pensaba hacerla su esposa, obedeció á sus padres; pero, en el fondo de su corazon absolvía á la jóven y continuaba amándola.

Una tarde, el ruido de un carruaje que se detenia en la puerta de Hernandez hizo que este bajará á una sala baja, para recibir al que llegaba á visitarle.

¡Mas cual fué su asombro al encontrarse frente

á frente con el amigo por quien habia sufrido la cárcel y la persecucion !

— ¿Cómo te atreves á presentarte? exclamó.

— Por que necesito sincerarme á tus ojos.

— Difícil será.

— Cuando me ví perdido é incapaz de hacer frente á mis compromisos, no tuve valor para verte á tí que habias sido tan generoso ; me personé en casa de uno á quien creia fiel y le dije : « Estoy arruinado, pero lo que mas siento es que arrastro en mi ruina á Hernandez ; para salvarle cuento con vos ; tengo una casa, cuya venta será suficiente para que haga los primeros pagos ; pero como mis bienes serán confiscados, haremos una venta simulada, á fin de que os encargueis de sacar el mejor partido posible. » Hecho esto partí mas tranquilo, pensando recuperar mi fortuna y volver á reponer aquí mi honra.

— Y bien entonces no comprendo....

— Escúchame: aun partí para América y tuve la suerte de casarme con una americana millonaria, que se prendó de mi amor al trabajo y de mis conocimientos para la administracion y aumento de sus bienes ; un dia leyendo un periódico ví en él la causa tuya, y entonces comprendí que mi amigo habia sido un infame.

Me embarqué al momento, pero la vergüenza de haberte espuesto hizo que no me atreviera á

presentarme á tí ; me informé y adquirí noticias de Paquita, me presenté á ella y sin decirla quien era , la entregué una cartera con lo necesario para salvarte.

— ¡Cielos y yo que he creído las absurdas calumnias de que ha sido objeto ! jamás podré perdonarme.

— Al saber yo los rumores que corrian, me he decidido á presentarme á tí para devolver á esa virtuosa niña, su reputacion ; todos mis créditos están cubiertos y asegurado un dote para Paquita, y el porvenir de Manuel.

Pintar la alegría de la señora de Hernandez, quien tanto amaba á la niña y la de Manuel, sería imposible.

Pasaron algunos dias y Hernandez se presentó á la madre de la jóven y la pidió para su hijo la mano de Paquita ; la anciana comprendiendo que se amaban la otorgó, y de este modo fué pública la inocencia y virtud de Paquita.

El corazon noble y generoso sabe perdonar y devuelve bien por mal, y eso fué lo que hizo la esposa de Manuel , pues los mismos que mas la habian acusado , fueron los primeros atendidos y socorridos por ella.

MARIQUITA

Mis primeros años se deslizaron risueños y felices en un colegio de Madrid en donde recibí las nociones de sana moral y de religion que habia visto practicar á mi virtuosa madre.

En aquel colegio nos reuniamos cincuenta colegialas, de las que ocho ó diez solamente eramos internas, y entre estas tres, eran mis compañeras predilectas; Mariquita, Carolina y Matilde; cuán felices son los años de nuestra infancia; esa encantadora edad, solo ocupada por los juegos y los estudios.

Puedo decir que el tiempo mas feliz de mi vida fué el que pasé en el colegio, parte en Madrid y parte en Paris, sin pensar en el porvenir y viendo todo en mi rededor alegre y tranquilo.

De mis tres compañeras, Carolina era la mas vivaracha, blanca como una azucena y con bonitos ojos negros; sus manos redondas y torneadas causaban nuestra admiracion. Matilde era morena con cabellos rizados y sedosos y unos ojos llenos de gracia y espresion. Mariquita estaba dotada de una gran inteligencia; superior á todas nosotras por su instruccion, lo era tambien por la formalidad de su carácter; nunca jugaba, y sin embargo era cariñosa, amable y servicial para sus compañeras; tenia hermosos cabellos rubios que coronaban un rostro pálido y melancólico:

— ¡Dios mio, solia decir con su voz armoniosa y dulce! si supiérais cuanto sufro al ver á esa pobre mendiga que se coloca enfrente del colegio! me da tanta lástima! debe tener mucho frio! y ese angelito que tiene en sus brazos, tal vez no habrá comido!

Y si era la hora de la merienda se la daba entera á la pobre mujer y se quedaba satisfecha; tal era Mariquita; rica, hija única de padres acaudalados, amaba con extremo á Matilde, que era prima suya, pero de escasos bienes.

Dos años pasamos en el colegio y despues me separé de ellas, porque mis padres me llevaron á otro en Paris; pasaron ocho años mas, y un dia paseándome por Tullerias, llamó mi atencion un

caballero á quien creí conocer; se lo indiqué á mi madre, que me acompañaba y reconocimos al padre de Mariquita.

— Señor don Manuel, exclamé, vos en Paris, ¿y Mariquita?

— En un convento, me contestó con voz triste, muy pronto debe profesar.

— Monja? jóven, rica....

— Pobre niña! es una santa, se ha sacrificado por Matilde, venid mañana, os contaré su historia.

Al dia siguiente fuimos exactos y el padre de mi compañera nos llevó al convento, y mientras la llamaban, nos dijo.

— Matilde es hija de mi hermano menor, el cual habia incurrido en el desagrado de mi padre, por haberse enlazado con una mujer inferior á su clase; cuando nació Matilde el enojo de mi padre no conoció límites, y en el instante hizo testamento dejándome la mayor parte de su fortuna; murió, y entonces quise compartir con mi hermano los bienes, pero no aceptó nada sino lo que le estaba señalado; desde que Mariquita salió del colegio veia con muy poca frecuencia á su prima á quien amaba en extremo.

— Un dia un amigo mio habló del matrimonio de Matilde.

— Cuando se casa, preguntó mi hija.



— Se ha roto el compromiso.

— Cómo, por qué?

— Parece que los padres del novio han dicho que Matilde es demasiado pobre.

— Pero decidme, papá, y cómo es que vos sois tan rico y vuestro hermano tan pobre?

Yo para darla un ejemplo de que los hijos deben siempre obedecer ó los padres, la referí el motivo de la pobreza de mi hermano.

— De modo, me replicó, que parte de lo que poseemos debia de pertenecer á Matilde?

— Sí, hija mia, yo se lo he ofrecido á mi hermano, pero no ha querido aceptarlo.

Mariquita no contestó, pero todo el dia estuvo pensativa y triste, preguntándome en la mañana siguiente que si se casaba ¿cuál seria su dote?

— Treinta mil duros, la dije.

— Me dais licencia para salir con mamá?

— Y á donde quieres ir?

— A ver á Matilde, estará tan desconsolada!

— Con tu mamá no, porque no está relacionada con la de Matilde pero irás con tu aya.

Cuando volvió, me dijo: — Papá, si vos quiérais mi prima se casaria muy pronto. — Cómo? la pregunté. — Sí, quiero deciros una cosa: ya sabeis que mi carácter es triste y hace tiempo tengo la idea de entrar en un convento.

— ¿Mariquita, exclamé, es posible? tú mi hija

única; tú mi consuelo:—Sí, papá, tengo verdadera vocacion; ni ruegos ni lágrimas han sido capaz de hacerla retroceder y me ha hecho dotar á Matilde, y declararla mi heredera encargándola que viva á mi lado, pero mirad qué palida está.

Efectivamente, Mariquita, era sombra de sí misma, y lo único que conservaba era su dulzura angelical: me abrazó con el mayor cariño diciéndome:

—He deseado pasar mis dias en un convento en Francia: de ese modo se acostumbrarán mas á no verme. ¡Pobre padre, añadió sollozando; Matilde cuidará de él, pues yo hubiera vivido muy poco y mi prima me deberá su felicidad.

¡Mi pobre Mariquita, estaba enferma del pecho!

Salimos de aquel sitio con el corazon oprimido y al dia siguiente partí para Inglaterra.

Un año despues regresé á París y corrí al convento: pregunté por Mariquita, y la tornera me dijo:

—Está en el cielo.

—Llamad á la superiora, hermana mia, la conteste llena de tristeza.

Al poco rato se presentó la digna sor María de la Concepcion y con dolorosa espresion exclamó:

—¿Queriais ver á Mariquita? señora, ya no existe, era un ángel, y Dios la llamó á su reino:

murió el día de *Corpus*, despues de habernos dicho hasta la hora, y que esperaba llegar á tiempo para la fiesta de los ángeles : su calentura aumentó por la mañana y á las cuatro de la tarde sin agonía, sonriéndose y feliz porque partia para gozar dicha mayor, espiró. Su cama, todo está aquí, ¿quereis verlo?

¡Pobre Mariquita ! ¡murió como una santa ! ¡está en la mansion de los justos donde no se conoce el engaño, el dolo, ni la falsia ! ¡ feliz mil veces ella ! Si en el cielo me recuerda, deseo ruegue por mí, para que Dios me conceda una muerte tan dulce como la suya !

Tal es la triste y sensibla historia de mi compañera de colegio, interesante para los corazones sensibles.

La noticia de la muerte de Mariquita causó un violento dolor á su padre, quien un mes despues se reunia con aquel dechado de candor y de pureza : Matilde es feliz, pero el recuerdo de su prima, la causa una tristeza inmensa y conserva una gratitud infinita.

¡Felices los que al dejar la tierra no han hecho sino derramar lágrimas de cariño !

LOS HIJOS DEL LEÑADOR

I

En las cercanías de Bilbao, en una pobre cabaña medio oculta por los frondosos árboles y casi bañada por el mar, vivian un leñador y dos hijos que tenian el mayor once años de edad, el menor ocho; ambos eran laboriosos, buenos y humildes, y sobre todo amaban á su padre de un modo tal que por ayudarle, trabajaban mas de lo que permitia su corta edad.

Pasaban su vida aislados y agenos de todo, á pesar de que la tormenta revolucionaria zumbaba á su alrededor; pero Juan y Ramon no se preocupaban de las tempestades políticas, y cuando llegaba la noche se entregaban al descanso, despues de

haber rezado sus oraciones con el buen José su padre, y dormían tranquilos guardados por Sultan, hermoso é inteligente perro de Terranova, que un amo había regalado al leñador.

Sultan tenía un cariño tan excesivo á Ramon, el mayor de los dos niños, que jámas se separaba de él pudiendo decir que le seguía como su sombra.

Una noche se encontraban los habitantes de la cabaña sentados alrededor del hogar saboreando su frugal cena, mientras que la lluvia caía á torrentes y los truenos y relámpagos se sucedían sin interrupcion : de repente Sultan enderezó las orejas y lanzó un gruñido sordo.

— ¿Qué tienes? le dijo Ramon acariciándole.

El inteligente animal fijó sus ojos en el niño y despues en la puerta; en aquel momento llamaron : José tembló involuntariamente porque en aquel tiempo además de las partidas carlistas, solía también haber las de malhechores, y el pobre hombre solo y sin armas, temía por sus hijos y por él mismo; volvieron á llamar y entonces José preguntó :

— ¿Quién va, á estas horas?

— Abrid buen hombre, no temais, contestó una voz, que parecía un poco débil, vengo herido, continuó y necesito un asilo.

El leñador se apresuró á abrir, y en la entrada

de la cabaña, se presentó un hombre jóven, con el uniforme de los oficiales de la reina, y tan pálido y débil, que apenas podia sostenerse. Ramon le ayudó á sentarse y Sultan, despues de olfatearle y comprender que no llevaba malas intenciones, se acostó á los piés del niño.

José entretanto preparaba su pobre lecho de paja, para que el recién llegado se acostara.

— Es preciso que busqueis un médico en Bilbao, y le hagais venir, pues desde esta mañana á las siete está mi herida arrojando sangre.

— Muy de madrugada oimos tiros...

— Sí, una compañía nuestra con unos cuantos facciosos; pero á mí me dejaron desmayado por la pérdida de la sangre, y sin duda me creyeron muerto; pero cuando volví en mí apreté con mi pañuelo mi herida y he andado errante todo el dia, hasta llegar á este sitio.

Ramon escuchaba con extraordinaria atencion, y Juan, como mas niño, se habia dejado vencer por el sueño y dormia.

El oficial, ayudado por José, se quitó su levita y entonces vieron su camisa ensangrentada, comprendiendo el buen leñador el valor de aquel jóven, para haberse arrastrado hasta allí: la herida era en el hombro y parecia ser profunda.

— Tomad, le dijo, aquí teneis un poco de oro, para que al avisar al médico compreis lo que

creais aquí mas preciso : me llamo Felipe Mendoza, y soy capitan, esto os hará ver que nada debeis temer.

— ¡ Oh! no señor; en cuanto os ví, desapareció todo temor, y ahora haré cuanto esté á mi alcance para seros útil.

— Avisad al médico Angulo, que es amigo mio.

Aquella noche José cumplió todas las órdenes de Mendoza y al dia siguiente el médico declaró que aun cuando la herida no era muy grave, sin embargo tendria que permanecer algunos dias en la cabaña, á la que habian llevado colchones y algunas cosas necesarias.

José y sus hijos cuidaban con verdadero interes al herido, y este por su buen carácter se hacia amar de las pobres gentes; durante aquellos dias les referia con el entusiasmo de un valiente militar sus campañas, la impresion que le habian causado las balas y cañonazos la primera vez que se habia encontrado en el fuego y que solo en el mundo, su único amor era la gloria y su sola ambicion el distinguirse por su honradez y valor.

Ramon escuchaba siempre anhelante, y pronto amó á Mendoza, trasmitiéndose á Sultan aquel cariño pues él no se separaba de ambos ni un momento.

Así pasó mas de un mes, y un dia Angulo de-

claró que ya Mendoza podia salir á pasear para recobrar fuerzas, pudiendo á los pocos dias ir hasta Bilbao, con Ramon, que se habia hecho su inseparable compañero.

José, en su primera juventud, habia sido carpintero, y de esto aprovechó el capitan para recompensar sus cuidados y hospitalidad.

Un dia, deseó ir solo con Angulo á la ciudad, con bastante pena de Ramon, quien creia que ya Mendoza no le amaba tanto, así es que aguardó su vuelta con impaciencia.

— Mi buen José, dijo el capitan, al regresar por la noche, mañana es preciso que todos vayamos á la ciudad.

¿Con vos?

— Si; saldremos temprano y allí pasaremos todo el dia.

Efectivamente, muy de madrugada entraron en casa de Angulo, quien le dijo á José:

— Bajad conmigo y con vuestros hijos porque os voy á enseñar vuestra nueva vivienda.

— ¿Cómo? esclamaron.

— Sí, dejareis vuestra cabaña y de ese modo habré podido mejorar vuestra suerte y pagaros en parte la deuda de gratitud que he contraido.

— ¡Oh! señor, exclamó José, nosotros no hemos hecho sino ejercer la caridad segun manda la religion cristiana.

— ¡Pero cual fué el asombro y gozo de José al encontrarse en el piso bajo un taller completo con todos los utensilios de carpintería!

— Aquí trabajareis, le dijo Mendoza, y Juan os ayudará.

— ¿Y Ramon?

— En cuanto á ese, desearia llevarlo en mi compañía y darle educacion, pues tiene inteligencia y talento natural.

II

Mucha pena le costó al buen padre separarse de su hijo mayor, pero la esperanza de mejorar su porvenir le decidió, y pocos dias despues ya instalados en su nueva casa, vieron marchar á Ramon y al capitán; en cuanto á Sultan, desapareció y no dudaron que hubiera seguido á sus amos.

Pasaron tres años, y Ramon daba noticias á su padre y hermano de sus adelantos y de las bondades de su protector, añadiendo que Sultan estaba á su lado y que cada dia le queria mas por su fidelidad.

La guerra volvió á encenderse de nuevo, y Ramon no quiso separarse de Mendoza, siguiéndole hasta el Principado como voluntario.

Un dia José recibió una carta de su hijo, concebida en estos términos :

« Querido padre, estoy lleno de satisfaccion : porque he salvado la vida á nuestro bienhechor. Durante toda la mañana se habian batido las tropas de la reina con los facciosos, y yo habia hecho tambien lo que habia podido ; ínterin, mi capitan hacia prodigios de valor : en medio de una nutrida descarga, veo que un faccioso, con boina encarnada, distintivo de los vascongados, se lanza sobre el capitan, espada en mano, y precisamente cuando no se podia defender, pues, habiendo su caballo recibido un balazo, habia caido arrastrándole con él; verlo y lanzarme al punto fué obra de un momento, y mal lo hubiera pasado sin el apoyo y ayuda de mi fiel Sultan, pues viéndome en peligro se arrojó sobre mi enemigo, con quien yo luchaba cuerpo á cuerpo, y, cogiéndole por la garganta, lo arrastró á cierta distancia, con lo que pude sacar á mi capitan sano y salvo de debajo de su caballo, con algunas ligeras contusiones.

« Pintar, mi buen padre, su agradecimiento, seria imposible; pues, abrazándome estrechamente, me dijo :

« — Te debo la vida, desde hoy eres mi hermano.

« En cuanto á mi fiel perro fué el héroe de la fiesta y mimado y acariciado con extremo ; despues

hemos llegado á Barcelona, donde están unos tios de mi capitan, los que me agasajan y me distinguen como si hubiera hecho una cosa que no fuera natural y justa : « Ama á tu prójimo como á tí mismo, » dice la religion cristiana ; y yo cumplí con ese precepto al salvar la vida á mi protector ; pertenezco al ejército y espero, mediante Dios, hacer mi carrera para volver algun dia á estrecharos en mis brazos á mi querido hermano. Entretanto piense en su hijo que le ama

« RAMON. »

El júbilo de José y de Juan, al recibir esta carta, no tuvo límites, y el buen padre se aplaudia de tener dos hijos tan buenos ; pues el menor, por su buen comportamiento y amor al trabajo, era querido de todos, y pronto la carpintería prosperó y tuvo necesidad José de emplear gran número de aprendices.

La guerra continuaba, y las cartas de Ramon que eran la alegría de su padre cesaron de repente. ¡ Con qué horrible ansiedad aguardaba diariamente!

¡ Qué desconsuelo tan grande cuando pasaban los dias sin llevarle la deseada noticia ! Escribió y no tuvo contestacion ; y el pobre padre creyó que su hijo habria perecido entre las balas, y lloró amargamente. Y pasaron los dias y las semanas, y su único consuelo era Juan, en quien miraba ya su

hijo único, y el que era acreedor á su cariño por sus excelentes cualidades, procurando por todos los medios alejar de la imaginacion de su padre la idea de que Ramon hubiese muerto.

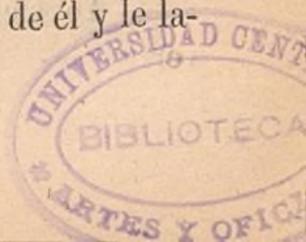
— Os aseguro, decia muchas veces, que no creo haya perecido; algo me dice que le volveremos á ver y que seremos muy dichosos.

— Dios te oiga, hijo mio, porque me mata el pensamiento de no volver á estrechar en mis brazos á tu hermano, y pensar si habrá quedado su cuerpo abandonado en algun campamento; ¿pero y el capitán? Tampoco escribe, y ¡ah! esto me hace creer que no quiere comunicarnos tan triste nueva ó tal vez ha muerto tambien.

Juan, entretanto, era ya un hombre y cuando cumplió los diez y ocho años, se casó con una jóven modesta y amante.

La guerra habia concluido, y por mas averiguaciones que el médico Angulo habia hecho, nada habia sabido de los dos ausentes.

José, todos los dias, muy de madrugada, tenia por costumbre dirigirse á la vecina iglesia para rogar al todo Poderoso le concediera abrazar á su hijo antes de morir; y, un dia en que estaba abismado en sus oraciones y mas afligido que nunca, sentado en una capilla oscura y solitaria, se apercibió de que un perro saltaba delante de él y le lamia con cariño las manos.



— ¡Dios mio! exclamó, ¡el perro de mi hijo!
¡Sultan! ¡Sultan!

Y el fiel animal brincaba de gozo y corría de un lado para otro, como indicándole la puerta de la iglesia. José corrió con cuanta lijereza le permitian sus piernas.

Por la calle cruzaban algunas compañías, á la cabeza de los que iba un general y un coronel. Verlos y lanzar un grito fué todo uno : eran Mendoza y Ramon. El pobre anciano no pudo soportar la emocion y cayó desmayado. Interin, Sultan iba y volvía.

Cuando José volvió en sí, se encontró en su casa, acostado en la cama y rodeado de sus dos hijos, su nuera y Mendoza.

— ¡Hijo, hijo del alma! gritó abrazando á Ramon, déjame que te vea, que te contemple, yo que te creía y te lloraba por muerto. ¡Qué guapo! ¡qué hermoso uniforme! y es de coronel, mi Ramon es coronel.

— Sí, amigo mio, contestó Mendoza enternecido, es coronel, grado alcanzado en los campos de batalla, batiéndose por su reina y por la patria.

— ¿Pero cómo no escribía en tanto tiempo?

Y volvió á abrazar á su hijo sollozando, mientras Juan lloraba tambien de gozo y decía :

— Yo siempre pensaba que te volveríamos á ver.

Pasados los primeros momentos, Ramon empezó su relato de este modo.

— Despues que escribí mi última carta, permanecimos en Barcelona aun algunos dias, y desde allí marchamos á Aragon, donde, en medio de las marchas y contramarchas, me fué imposible escribir, y cuando pude hacerlo, las cartas se perdian; en uno de los encuentros fuí herido, y mi coronel, que entonces lo era ya, el que hoy es mi general, me cuidó como á un hijo, y teniendo que marchar con tropas, me dejó encomendado á una pobre familia, pero honrada; escribí una sola vez, pero sin duda no llegó á vuestras manos mi carta; hacia como dos meses que me encontraba en aquella casa, cuando los facciosos mandados por Cabrera entraron á fuego y sangre en el pueblo, y hallándome herido me llevaron prisionero.

— ¡Pobre hijo mio, prisionero mi Ramon!

— Padecí mucho, sin poder avisar á mi coronel, temiendo á cada momento ser fusilado, maltratado, sin ropa, sin recursos, llevado de un lado para otro y en medio de todo agradeciéndole á la Providencia, que ya me habia restablecido de mi herida. Entretanto la guerra tocaba á su fin, pero aun se batian en el Principado, Castilla la Vieja y otros puntos.

Un dia en que con pocos soldados me habian dejado en una casucha, al oír zumbiar las balas,

al escuchar los vivas á la reina, y sobre todo al reconocer la voz de mi coronel que mandaba, ardió mi sangre y ayudado por un compañero de infortunio, derribamos dos ó tres soldados, cogimos dos carabinas de ellos mismos y perseguidos, en medio del desórden de la batalla, pudimos llegar á nuestras filas y me ví reunido con mi coronel.

— Pero, por modestia, no añade que se batió como un leon, que tomó las banderas del enemigo, que entró el primero en su campamento y que por último cayó acibillado de balazos.

— Exagerais, mi general.

— Al contrario, no digo lo bastante, porque hay cosas que no pueden comprenderse sino viéndolas. Sultan, su perro, que habia compartido su cautiverio, que con él se habia escapado, con sus ahullidos y carreras, me avisó del sitio en que se encontraba, arrojándose sobre él parecia que queria volverle á la vida ; con mucho trabajo le transportamos hasta una aldea, y allí se le hizo la primera cura declarando los facultativos que su estado era mortal ; ocho meses estuvo, luchando con las dolencias, hasta que su naturaleza robusta le salvó.

— No, vuestros cuidados y cariño, vuestra incesante actividad, vuestros desvelos y oro que derramáis, para que nada me faltara.

— Generoso protector, os debo la vida de mi hijo.

— ¿Y yo no os debí la hospitalidad, no debí á Ramon, cuando era un niño el cariño de un hermano y los consuelos? En fin, entre la vida y la muerte, un dia mal, otro mejor, al siguiente de gravedad, han pasado dos años durante los cuales la guerra ha concluido, la paz se ha firmado, y la reina, reconocida á tantos servicios, ha premiado sus méritos.

— ¿Y mi general, que ha sido un leon en la refriega y á quien adoran sus soldados, nada dice de sus heróicos hechos?

— Al fin, continuó Mendoza, Ramon ardia en deseos de abrazar á su padre y hermano y prefiriendo no escribirle sino ser él el portador de tales nuevas y siendo nombrado yo capitán general de la provincia, determinamos nuestro viaje y aquí estamos, yo lleno de gozo al devolveros vuestro hijo, valiente y honrado y él loco de alegría por veros y abrazaros.

Véase pues como los niños que desde su tierna edad, practican los preceptos de sana moral y de religion, pueden aspirar á un porvenir brillante como Ramon, ó á la tranquilidad doméstica y la paz del alma como Juan.

Los dos hermanos, fueron tan felices, que su anciano padre decia siempre.

— La paz y la bendición de Dios, anidan en nuestra casa pues no recuerdo que mis hijos me hayan dado jamás un disgusto.

Dichosos los padres que pueden pronunciar tales palabras.

FERNANDO

I

AL BORDE DEL ABISMO

Bañada por el río Júcar y en el camino de Madrid á Valencia, se encuentra la pintoresca ciudad de Alcira, con su puente romano, sus huertas perfumadas y cobijada por un cielo azul y trasparente.

Las nueve de la noche acababan de dar cuando se abrió la ventana de una casita que existia hace algunos años cercana á la iglesia de Santa María, y una mujer se asomó dirigiendo una mirada á un lado y á otro de la estrecha calle.

— Tampoco es él, dijo retirándose al interior de la habitacion y dejándose caer en una silla.

Los muebles de aquella estancia eran limpios, sencillos y de buen gusto, pero entre todo lo que mas podia llamar la atencion, era el retrato de una jóven como de treinta años, con los cabellos castaños y hermosos ojos garzos.

La espresion de aquella fisonomía era adorable y fijándose en la mujer que pocos momentos antes hemos visto asomarse á la ventana, se encontraría un notable parecido.

La luz de una bugia iluminaba por completo sus facciones y en su rostro se leía la mas viva inquietud.

—¿Dios mio qué le habrá sucedido? murmuró.

Y cruzando sus brazos, aquella jóven casi una niña, se puso á orar; su angustia crecia y gruesas lágrimas se resbalaban por sus mejillas : sucesivamente pasaron las horas y se oyeron las once y media.

— Si á lo menos supiera donde está... pero siento pasos, sí son los suyos.

Y corrió á la puerta la abrió y lanzó un grito de asombro. Un jóven rubio, con ojos azules pero con la fisonomía descompuesta y la mirada sombría penetró en la estancia.

— Toma, dijo arrojando sobre la mesa un bolsillo, he jugado y he ganado; desde hoy no mendigaré un destino ni me romperé la cabeza con los libros de cuentas.

— ¡Qué has hecho Fernando, que has hecho!
si nuestra madre viviera...

— Ya verás, aumentaré la fortuna y llegaremos
á ser ricos.

— Pero sin honra.

— No quiero solicitar mas destinos y desde hoy
dejo el que tengo de escribiente.

— Imposible.

— La verdad, Margarita.

Fernando era hijo de un oficial de marina, quien murió en un naufragio donde pereció con su buque; dejó su esposa y dos hijos pequeños, los que poco despues perdieron á su madre, quedando recomendados á un antiguo amigo de su familia el que habitaba la corte con dos hijos suyos, que habian sido compañeros de Fernando y de Margarita.

No poseian mas parientes que una tia, la que muy jóven se casó y partió para América, sin que los niños supieran su paradero; por única herencia les habia quedado una casita y en ella habitaban habiendo conseguido por influjo de Alvarez, el amigo de su familia, que Fernando entrase, cuando apénas tenia quince años, en una casa de comercio, para ocupar la plaza de escribiente, en la que permaneció dos años; pero despues, jóven y sin guia se entregó á sus naturales inclinaciones que eran la pereza y la vanidad, mientras su her-

mana, de menor edad que él pero modelo de juicio y de virtud, suplía con paciencia y veía con terror la senda por donde Fernando debía de caer en un precipicio, arrastrado por sus vicios.

La pobre niña pasaba las noches rezando y llorando, bordando para las tiendas y viendo desaparecer poco á poco todo lo que poseían, pues su hermano, dominado por el juego, no atendía á mejorar su posición y dejaba á su infeliz hermana entregada á su desventura, pues ya todos los muebles estaban embargados, y debían de vender hasta el retrato de su pobre madre.

Margarita estaba anonadada, y una tarde al oír llamar á la puerta no dudó que fuera algún nuevo acreedor.

— ¿Dios mio, quien será?

Trémula abrió la puerta y se encontró con un desconocido, el que la entregó una carta y saludándola desapareció; la jóven rompió el sobre y leyó.

« Margarita, mañana es el día en que deben de venderse vuestros muebles y hasta el retrato de vuestra buena madre.

— Su retrato sí, murmuró la jóven sollozando, y continuó:

« Pero no temais; personas que tienen derecho á interesarse por vos evitarán vuestra ruina; es ne-

cesario que Fernando vea en esto la mano de la Providencia y que no vuelva á jugar.

«Si alguna vez antes de que podamos descubrirnos necesitais proteccion, dirigíos á la casa conocida con el nombre de la de la Torre, con sobre á don Miguel.»

La jóven, desde lo mas íntimo de su corazon dió gracias á sus misteriosos protectores y se arrojó ante el retrato de su madre diciendo.

— Madre mia, la única prenda vuestra que le quedaba á Margarita no será vendida, y Dios escuchará mis súplicas para que Fernando vuelva á la senda del deber.

II

UN ENCUENTRO Á MEDIA NOCHE

A las doce de aquella misma noche Alcira reposaba y solo se oia la lluvia que caia lentamente y la voz del sereno.

Fernando, habia pasado las horas en una casa de juego y salia para dirigirse á su casa, cuando sintió una mano que se posaba encima de su hombro: volvió vivamente la cabeza y se encontró con un anciano respetable.

— Fernando, le dijo con voz grave, la miseria llama á tu puerta y muy pronto no tendrás hogar: tu hermana, la sola persona que desde muy niño tienes en el mundo, vivirá abandonada y espuesta á la caridad pública; piensa, aun es tiempo si te corrijes, y sobre todo ofreces no volver á jugar, todavía podrán salvarte las personas que en nombre de tus padres desean protegerte.

La luz de un reverbero iluminaba la fisonomía del anciano y el rostro de Fernando, el que revelaba profunda tristeza.

— ¿Quien sois, le dijo, quien sois que os interesais por un desgraciado como yo? es verdad soy un infame, no merezco piedad... el juego si supierais lo que es, la vista del oro trastorna mi razon, pero quien sois?

— Un protector que te depara el cielo, que hace tiempo te buscaba y á quien una casualidad hizo saber la muerte de vuestros padres, la ruina y tus faltas.

Toma este bolsillo, paga los acreedores y no juegues mas; despues sabrás quien soy yo, entre tanto acepta ese dinero que te pertenece. Adios.

Cuando Fernando quiso contestar ya el anciano habia desaparecido: cuando el jóven entró en su casa encontró á su santa hermana rezando; ante tanta resignacion cayó de rodillas.

— Perdóname, la dijo, perdóname, hermana mia,

en un momento he vivido diez años y he jurado no volver á jugar.

— ¿Será posible?

— Sí, mi madre nos escucha.

— Y mañana...

— Mañana, mañana seremos felices, y la mostró el bolsillo.

— Siempre el fruto del juego, dijo con amargura Margarita.

— No, no, escucha.

Fernando, la refirió su aventura nocturna y la jóven no dudó fuese el autor de la carta.

El dia amaneció claro y sereno, el cielo estaba despejado y Fernando salió muy temprano y pagó todas sus deudas, desde entonces juró trabajar para formarse una posicion y poder recompensar á su hermana las amarguras que habia sufrido.

Un rato despues volvió con la sonrisa en los labios; habia cubierto todos sus compromisos y su conciencia estaba satisfecha, porque Fernando no era malo en el fondo y guardaba la honradez que habia heredado.

— ¿Vamos, qué has hechos? le preguntó su hermana.

— Todo está pagado y nadie nos incomodará : hoy mismo buscaré un empleo, tú no trabajarás mas y te haré olvidar mis faltas.

— No tienes que buscar empleo.

— ¡ Cómo !

— Sí, ya lo tienes, y la jóven entregó una carta á Fernando :

« Caballero : supongo aceptareis el destino que os ofrezco y no rechazareis la mano que os tiendo, para poner os en el buen camino ; presentaos en casa de don Félix Fernandez, donde entrareis como tenedor de libros, y cuando os veamos corregido, se dará á conocer vuestro protector.

« MIGUEL. »

— Vaya un misterio que me admira.

— ¿ Quién será ese Miguel ?

— Voy á ir en casa de don Félix y veremos lo que él dice.

Fernando se dirigió á la casa indicada donde quedó recibido, pero sin recibir ninguna aclaracion.

III

LUCIA

Pasó un año durante el cual Fernando se dedicó con ardor al estudio; pasaba noches enteras ocupado en sus libros y en Margarita, que era una se-

gunda madre para él, y aunque tan jóven la desgracia la habia dado esperiencia.

La casa de las Torres llamada así por el escudo que encima de la puerta tenia, seguia siendo impenetrable, aun cuando Fernando creyó un dia haber descubierto el misterio.

Su principal le habia convidado á comer, acompañado de Margarita; cuando al entrar en el comedor se encontró con Alvarez y sus hijos, Cárlos y Lucia.

— ¡Mi buen amigo! exclamó Margarita... Cárlos... Lucia...

— Hoy hemos llegado hace corto rato, contestó Alvarez estrechándolos entre sus brazos; ya Cárlos concluyó su carrera de abogado.

Fernando dió un suspiro, porque él tambien podia tener una carrera, si hubiera sido mas aplicado.

— ¡Qué bella está Lucia!

— Sí, pero su corazon es mas bello.

La noche se pasó en conversar del pasado, y cuando ya se retiraban, preguntó Alvarez á don Félix.

— ¿Y qué tal Fernando?

— Es un jóven completo; su buen corazon, su aplicacion y su inteligencia le hacen digno de aprecio, y solo Miguel...

— ¡Don Miguel! exclamaron los dos hermanos.

— Sí, ese buen hombre que suele venir aquí me dice algunas veces : « Tened cuidado, es algo calavera. »

— Sí lo fuí, pero ya no lo soy, contestó Fernando con acento triste ; pero decidme quien es ese don Miguel.

— Un hombre insignificante.

— ¿Y dónde vive ?

— Vive en el campo y siempre viene cuando ya está cerrada la oficina.

— ¿Y no es él quien recomendó á mi hermano ?

— Sí, él fué.

— ¿Pero y á qué todas esas preguntas ? dijo Alvarez.

— Porque es muy extraordinario lo que nos sucede.

— ¿Y qué es ?

— Escuchad : y Fernando hizo una narracion de todo, sin ocultar ni atenuar sus defectos.

— Pues me parece que esos desconocidos se portan como personas bien informadas de vuestras costumbres, y sobre todo su mediacion ha sido poderosa, pues ha hecho que Fernando se corrija.

— ¡Ah ! os aseguro que cuando recuerdo lo que hice sufrir á mi hermana, que es un ángel de resignacion, me acuso de haber sido un mal hermano, y mi arrepentimiento es muy sincero.

Pasó algun tiempo, y Fernando pensó en el fondo de su corazón en hacer á Lucia la compañera de su vida, su esposa; educada por su padre y no habiéndose jamás separado de su lado, tenia en su corazón arraigados los principios de la mas sana moral; su inteligencia se habia desarrollado sin esfuerzo, y además de sus habilidades propias de la mujer, tenia adornos tales como el piano, el canto, el dibujo y el conocimiento de los idiomas.

Con el continuo trato se habia formado el cariño de Fernando hácia la jóven, y determinó pedir su mano.

La felicidad inspira sentimientos buenos y generosos, y la verdadera ventura es la tranquilidad de la conciencia, una vida virtuosa, que al verse combatida por la desgracia se encuentra con su virtud, nada le aparta del camino del bien.

Alvarez amaba á Fernando como á su propio hijo; así es que sintió una verdadera alegría, cuando el jóven le pidió á Lucia por esposa, porque unir á los dos jóvenes habia sido su bello ideal; el enlace fué fijado para un mes despues.

— ¿No os parece que escribamos á don Miguel? preguntó Margarita.

— Sí, hija mia; la gratitud ante todo, pon en su noticia la boda de tu hermano, y tambien debes decirle no admitirás mas beneficios de su parte, si no te descubre quien es.

— Desde luego; yo los he admitido, porque siempre repite en sus cartas que tenemos derecho á su proteccion.

La jóven escribió, y cuando concluyó la carta se la entregó á Alvarez.

— Bien, está bien, firme, respetuosa y agradecida.

Al dia siguiente recibieron contestacion; manifestaba la mayor satisfaccion, pero no decia mas.

— Es estraño, dijo Fernando; por primera vez calló Alvarez y Margarita notó que estaba preocupado.

Faltaban dos dias; la hermana de Fernando y Lucia ne se separaban un momento; pero aquella noche no se presentaron ni Alvarez ni su hija; el jóven estaba impaciente y determinó ir á informarse; cuando iba á salir le entregaron una carta.

— Margarita, hermana mia, dijo lee, todos mis deseos van á ser cumplidos.

La carta decia así:

« Mañana ó las doce id á buscar á vuestra futura esposa á la casa de las Torres, en compañía de Margarita; preguntad por don Miguel:

« No aguardéis esta noche á Lucia. »

— Por fin lo sabremos todo, dijo Fernando; pero ¿ cómo Lucia se encontrará allí?

— Ayer Alvarez estaba preocupado.

— ¿Sí será él? no, imposible, nuestro amigo no es rico; además sabes que á su llegada nos manifestó disgusto, porque no nos habíamos confiado á él.

— Mañana desaparecerán todos esos misterios; ten paciencia, pues con ella todo se consigue.

Margarita, como siempre, se entregó en brazos de la Providencia, pensando que está daría solución á todo, y sus ensueños no turbaron la paz de su alma ni la impidieron gozar de una noche tranquila, mientras que la mas dulce sonrisa vagaba por sus labios, satisfecha sin duda por ver asegurada la felicidad de aquel hermano que tanto amaba, y á quien Dios concedía una compañera que debia de ser el ángel del hogar doméstico.

IV

DOBLES LAZOS

La casa llamada de las Torres era una especie de palacio antiguo, ennegrecido por el tiempo, y entre cuyas paredes crecía la yedra y se anidaban las lagartijas.

Un dia habia llegado un elegante carruaje de camino entró en el patio, y la puerta se cerró de-

trás y nada mas podian decir los vecinos, sino que los recién llegados eran una señora de edad madura, un caballero con larga barba blanca y un hermoso jóven. Eran á no dudarlos forasteros, pero no se sabia ni su nombre, ni la clase á que pertenecian, ni por que estaban tan aislados; la apariencia de la casa no podia ser mas triste, pero á juzgar por los muchos muebles que habian llegado en pos de los habitantes que, segun los vecinos, no podian menos de ser muy ricos, el interior de la morada no estaba en armonía con el exterior.

Despues de un patio de regulares dimensiones rodeado por una galería á la que conducia una ancha escalera de mármol, se llegaba á las habitaciones suntuosas y donde se admiraban pájaros y flores del Brasil. En un salon cubierto de raso azul y oro, con sillería de lo mismo, y alfombrado con el mayor gusto y riqueza, se encontraba un jóven sentado delante de un piano y preludiando una fantasía de Bellini.

Al escuchar el ruido de algunos carruajes, que se detenian ante la puerta se lanzó á la galería diciendo : « Llegan á tiempo. »

— ¡ Margarita ! ¡ Fernando ! dijo.

Efectivamente nuestros dos jóvenes se encontraban allí mudos de sorpresa, y admirándoles que pronunciase el jóven sus nombres con tanta familiaridad.

— Perdonad, caballero, dijo Fernando, nuestra admiracion no debe pareceros estraña, pues todo lo que desde hace tres años nos rodea, parece mas bien un sueño que una realidad.

— Seguidme, muy pronto tendreis la explicacion de todo.

Penetraron en el salon azul, y allí encontraron á una señora elegantemente vestida, la que tenia á Lucia por la mano.

— Aquí teneis á vuestra esposa, le dijo á Fernando sonriéndose, y ahora vamos, que Alvarez nos espera en la Iglesia.

— Pero, señora, exclamó Margarita, decidnos si sois nuestra generosa protectora.

— Hija mia, al volver de la iglesia os revelaré todo.

La riqueza del traje de Lucia llamó la atencion de Fernando, quien se sorprendió al verla, sabiendo que Alvarez no tenia sino una fortuna muy modesta, y su sorpresa creció cuando al encontrar al padre de su prometida en la iglesia, este no pareció estrañar aquel lujo.

Margarita no se apercibió de nada, porque rogaba fervorosamente al cielo por la felicidad de su hermano.

Despues de la ceremonia, todos volvieron á la casa de las Torres, y al entrar en la sala un anciano se adelantó hácia ellos.

— ¡ Mi salvador ! exclamó Fernando.

— ¡ Don Miguel ! dijeron Alvarez y Lucía.

— Sí, hijos míos, ya es tiempo de que sepais la verdad ; Margarita, Fernando, abrazad á vuestro tío.

— ¿ Cómo ? exclamaron ambos á la vez.

La esposa de don Miguel, los estrechó en sus brazos.

— Sí, soy la hermana de vuestra madre; casada muy jóven partí para Puerto Rico dejando á Amalia feliz, feliz y unida á un hombre á quien adoraba; nosotros mudamos de residencia; en favor de nuestros intereses pasamos al Brasil y no volvimos á tener noticias.

— Pobre madre; os creía muerta y algunas veces nos hablaba del cariño acendrado que profesaba á su hermana.

— Decididos á dejar el Brasil, liquidamos nuestros bienes y nos embarcamos para España. A nuestra llegada á Alcira, supe con profundo dolor que mi hermana habia muerto, que Margarita era un ángel de virtud y que Fernando la hacia desgraciada; no te ofendo, sobrino mio, porque ya, eres otro : puedes pensar lo desagradable que me seria esta noticia; mi esposo se encargó de salvarnos, pero no quiso descubrirse hasta que Fernando se corrigiera; sabiendo que Alvarez habia sido amigo de nuestra hermana, deseamos conocerle y

por medio de don Félix vimos y hablamos al padre de Lucia.

— ¡Oh! tia querida, tios generosos!

— Escucha, tu enlace con Lucia nos agradaba en extremo, así es que todos los preparativos han sido obra nuestra y hemos destinado una cantidad para estableceros : muerta mi pobre Amalia nosotros haremos las veces de padres.

— ¡Oh! gracias, gracias, exclamó Fernando.

— Muy feliz seria hoy nuestra madre si viviera.

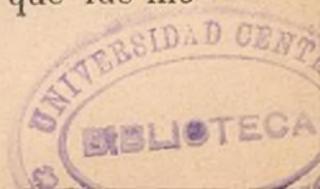
Y una lágrima rodó por la mejilla de Margarita.

— Os contempla desde el cielo.

Aquel dia todo fué regocijo y alegría, y nuestros jóvenes no sabian si estaban despiertos ó si era un sueño.

Margarita, el ángel de candor y de resignacion, era completamente dichosa, pues su alma pura no deseaba solo la felicidad propia, sino particularmente la de Fernando; al verse trasportada al centro de la riqueza no se envaneció, ni lo miraba sino como un señalado favor de la Providencia.

Toda la familia se trasladó á Madrid; Fernando organizó una casa de comercio, y cada dia se consideró mas dichoso en haberse unido con Lucia, que llevó el dote de sus virtudes y que fué mo-



delo de esposas, esforzándose siempre en imitar á Margarita.

Alvarez vivió con sus hijos, y Margarita, algun tiempo despues se enlazó con su primo habitando siempre con sus tios.

EL DIA DE REYES

I

Antonio y Eugenio eran dos niños que á pesar de ser rico el primero y pobre el segundo se amaban con la mayor ternura; de una misma edad pues contaban diez años, manifestaban que el buen ejemplo de sus padres habia desarrollado las buenas cualidades que en ellos se admiraban.

Vivian en Ginebra, y el padre de Antonio era relojero de los mas ricos, mientras que el de Eugenio, ejercia la profesion de sastre, ocupando una casa de la pertenencia del señor Delmont, padre de Antonio; frecuentes pérdidas habian causado la ruina del buen sastre y ya se veia pronto en el caso de abandonar aquella casa, en donde vivia

desde su casamiento; allí nació Eugenio, y el tener que abandonarla le desgarraba el corazón; ya se había dirigido varias veces al señor Delmont y este no pensaba aguardar más; la mujer del sastre estaba enferma, lo que aumentaba su desgracia pues en nada podía ayudarle, y ¡cuantas veces rogaba al creador, que le diera fortaleza y le iluminara á fin de encontrar un medio con que salir de la apurada situación en que se hallaba!

Un día cuando entró Eugenio, de vuelta de la escuela, iba seguido de un perro flaco y viejo.

— ¿Qué perro es ese, Eugenio? le preguntó su padre.

— ¡Ay! papá, el pobrecito no tiene dueño, se conoce que está muerto de hambre y me ha dado tanta lástima que lo he traído conmigo.

— Pero hijo, nosotros somos muy pobres y no podemos mantenerle.

— Sí tal papá, con poco estará harto, ¿lo hemos de dejar morir? El sastre abrazó á su hijo y el perro quedó en la casa.

Llegaron las pascuas de Navidad y mientras en la casa de Delmont todo era júbilo y algazara en la de Eugenio no había sino tristeza y silencio, á pesar de que Antonio había compartido su colación con Eugenio, pero el niño veía tristes á sus padres y no tocó á los manjares que su amigo le

habia regalado, porque precisamente les dieron de término quince dias para desocupar la casa.

Antonio, pues, encontró la víspera de Reyes á su amigo Eugenio y al verle llorar le dijo :

— ¿Qué tienes? ¿por qué te afliges?

— ¡Ay! porque tu padre nos echa de la casa.

— ¡Cómo!

— La verdad, dice que le debemos seis meses de alquiler, y pronto nos veremos sin tener donde guarecernos, y con mi pobre madre enferma.

— No quiero verte llorar, no quiero, yo se lo diré á mi padre.

— Si nos dejara en la casa...

— Ya verás; esta noche lo pensaré.

Aquella tarde Antonio hizo mil caricias á su padre, y este que le adoraba, estaba loco de contento.

— ¡Qué hijo tengo! decia, no hay otro mas gracioso, ni mas inteligente, ni mas bueno.

— ¿De veras papá, me quereis mucho? —

— Ya lo sabes, picarillo.

— Pues entonces ya me concedereis lo que os pida.

— ¿Vamos y qué es?

— Que mañana es dia de Reyes y os ruego me dejéis hacer vuestras veces, es decir, que seré el amo de casa.

— Bien gobernada estará.

- ¿Con que no me lo concedes?
— ¿Y para que quieres ser el amo mañana?
— Para celebrar el día.
-- Pues bueno, concedido.

II

Al dia siguiente Antonio, desde muy temprano mandó que le vistieran un traje parecido á los que usaba su padre, y llamó á los criados para que le obedecieran en todo durante la festividad de Reyes.

Despues tomó seis recibos de inquilinato, los firmó en nombre de su papa, y lleno de gozo, corrió á casa de su amigo Eugenio y dándoselos le dijo :

— Toma tu cuenta de casa, está pagada; aquí tienes los recibos y tres mas.

— ¿Pero cómo, Dios mio?

— Yo lo he pagado; ya verás, papá me dió el permiso de sustituirle hoy y no podrá volverse atrás; tambien he puesto en una cesta las provisiones necesarias para una semana, de ese modo celebrareis el dia de Reyes : ¡ojalá pudiera yo secar todas las lágrimas que derraman los pobres !

¡Corazon de oro, cuan dulce debe encontrar su sueño y qué apacibles sus dias !

Pasaron los quince dias fijados para que el padre de Eugenio desocupara la casa; el señor Delmont preguntó á su encargado si el sastre habia buscado ya otro albergue.

— Señor Delmont, creo que ya no buscará.

— ¿Y porqué?

— A causa de que habiendo pagado...

— ¿Como os ha pagado?

— A mí no, señor, pero ha presentado los recibos.

— ¿Qué recibos? ¿acaso he recibido yo ningun dinero?

— Papá, papá, gritó Antonio, arrojándose al cuello de su padre, padre mio, yo no quiero ver llorar á mi alrededor y el dia de Reyes, al verlos tan apurados concebí el plan de salvarlos; ¿me perdonais?

El señor Delmont le abrazó tiernamente diciendo :

— Debias habérmelo dicho; pero de todos modos no puedo menos de admirar tu noble y caritativa accion; no tengas cuidado, no se les mortificará mas, son los protegidos de mi hijo y basta.

Antonio estaba lleno de gozo; abrazó á su padre le hizo mil caricias y le rogó permitiera á Eugenio que frecuentase la casa y tomara parte en las lecciones que diariamente recibia el hijo de Delmont.

Acudió el cariñoso padre, y desde aquel día los dos amigos pasaban juntos casi todo el día, y como ambos eran buenos y de excelentes inclinaciones, rivalizaban en el deseo de aprender, teniendo á sus maestros el mayor respeto y veneración.

Eugenio era inclinado á la medicina y Antonio á la abogacia, y desde luego eligieron, con aprobación de sus padres, aquellas dos carreras, para cuando su edad les permitiera empezar los estudios.

Entretanto el pobre perro, que á pesar de su pobreza habían recogido, participaba de los juegos de los niños y quería estraordinariamente á los dos; el señor Delmont le quería tambien por su inteligencia y fidelidad, de modo que Black pertenecía á las dos casas.

Una tarde fueron los dos niños á pasear por el lado del gran lago y sentándose en sus orillas, se pusieron á contar piedrecitas y á recojer las florecillas; tiraban piedras al agua para que Black las sacara, con alborozo grande por parte de sus amos.

De repente Eugenio, dió un grito : Antonio, al ir á recoger una flor, habia resbalado y caido en el agua; su amigo sin reflexionar en su poca fuerza, ni en su corta edad se arrojó al agua intrépidamente, pero ya Black se habia lanzado como un relámpago, habia cojido al niño, y lo

arrastraba hácia la orilla en donde lo depositó; pero Eugenio luchaba en vano por salir; habia perdido las fuerzas y sin su fiel perro se hubiera ahogado, pero Black se arrojó de nuevo y lo sacó lamiéndole y acariciéndole con la mayor alegría.

Antonio estaba sin conocimiento, efecto del susto y de la humedad; Eugenio indicó con una seña á su perro que permaneciera guardando á su amigo y corrió á casa del señor Delmont en busca de socorro : la ansiedad del buen padre fué estremada, y acompañado del sastre y de un médico se encaminó al sitio en que Antonio continuaba desmayado y guardado por el perro de Eugenio.

Lo trasportaron á su casa y al otro dia se le declaró una violenta fiebre, que presentaba bastante gravedad y que estaba acompañada de un delirio horroroso, en que el niño creyéndose próximo á perecer se agitaba, luchando en su imaginacion con el agua, y daba gritos pidiendo socorro.

Eugenio estaba desesperado, y su dolor no conocia límites al ver el estado de su amigo. Pasaron algunos dias y ya el enfermo empezó á mejorar desapareciendo el delirio y la calentura, aunque quedó tan débil y estenuado, que desde luego podia asegurarse una convalecencia larga y penosa.

¿Cuán grato es contemplar dos niños tan uni-

dos por el cariño, como Eugenio y Antonio! Entre ellos no habia envidia ni rivalidades; todo lo participaban entre sí, siempre contentos, siempre risueños; su mayor placer era poderse enseñar mutuamente y ayudarse á vencer las dificultades de los estudios; despues qué ejemplo no presenta la generosidad y buen corazon de Antonio para salvar de la miseria á su amigo, y este á su vez arrojándose al lago para sacarlo en salvo ó morir con él? ¡Qué virtudes no presagiaban para el porvenir tales hechos!

Los niños son como los arbolitos, si crecen rectos y sin varetas viciosas, llegarán á la vejez sin que las tempestades de la vida turben su alma, y si por el contrario desde pequeños se tuercen, su existencia será sin lozanía, combatidos por la tormenta y su vejez árida y triste.

Cuando Antonio empezó ya á recobrar algunas fuerzas, cuando sus ojos volvieron á adquirir animacion, entonces pudo manifestar su gratitud al niño que era para él como un hermano, sin olvidarse de prodigar á Black las mayores muestras de cariño; entre otras mandó le pusieran un collar con la fecha y el dia en que el perro se arrojó á salvarlo. En cuanto al señor Delmont comprendió mas que nunca que un beneficio jamás queda sin recompensa, prueba aquel pobre perro recogido por la caridad de Eugenio, y que tan gran servicio

habia prestado, pues sin él los dos niños tal vez habrian perecido, y sin la noble accion de Antonio, el dia de Reyes, Eugenio estaria en la miseria y no hubiera sido el salvador y compañero fiel de su amigo.

Ya habia llegado el tiempo en que los dos niños debian empezar sus carreras respectivas, y el señor Delmont decidió costear la de Eugenio, con lo que causaba una inmensa satisfaccion á su hijo.

En el mismo dia empezaron, y como la salud de Antonio habia quedado muy quebrantada, siempre su amigo era quien le repasaba sus lecciones y le corregia las dicciones, y era tanto su cariño, que los profesores estaban admirados de aquella union en la que ninguno de los dos tenia mas voluntad que la de su amigo.

Como ambos eran inteligentes, adelantaban rápidamente y en los exámenes siempre se distinguian, alcanzando el fin que se proponian de ser útiles á sus semejantes.

Cuando los dos jóvenes concluyeron su carrera, Antonio permaneció en Ginebra, pero Eugenio fué destinado como médico á un pueblo pequeño del centro de la Suiza.

¡Cuánto dolor sentieron al separarse! ellos que desde tan niños habian estado siempre unidos. Antonio no podia arrancarse de los brazos de su amigo; pero el deber y la reflexion vinieron en su

auxilio, prometiéndose verse todos los años y escribirse diariamente.

Los primeros dias, les era imposible acostumbrarse; pero Dios les habia marcado á cada uno su camino y debian seguirle sin vacilar.

En la primera carta que Antonio recibió se revelaban los tesoros de bondad, de honradez y de sabiduría que albergaba el corazon de Eugenio.

« Amigo querido, decia, esta mañana al levantarme me preguntaba yo, si era verdad que nos habiamos separado; pero si bien mi dolor fué grande al ver que era una realidad, al mismo tiempo pensé que el Señor me habia destinado para ser el consuelo de esta pobre gente, y que el egoismo debe de estar desterrado de todo corazon bueno. Mi sueldo es poco, pero como ha de ser; mi familia, gracias á tí, mi generoso amigo, ha prosperado y para mí solo es suficiente, pues una vida modesta y arreglada, tranquila y dedicada á hacer el bien, es lo que puede darnos una felicidad que no proporciona las riquezas; yo pienso ser un verdadero padre para mis enfermos, y ya he dicho que mis visitas para la clase pobre serán siempre gratis, ¿pues no es un dolor agoviar á un pobre padre de familia con el peso de las visitas de un médico, cuando ya tan agoviado está por la enfermedad?

« Ayer me llamaron para visitar á una infeliz panadera que tiene un niño precioso, y la cual me

refirió su historia. ¡Pobrecilla! hay cerca de este pueblo un conde muy rico, el que posee varias propiedades, aquí entre otras la casa en que habita la panadera; esta tenía un hijo de diez y siete años, único apoyo de la viuda, pues el otro es demasiado pequeño.

« El jóven estaba de ayuda de cámara del conde, el que daba muestras de preferirlo mucho, lo que causó la envidia á los demás criados, sobretodo del mayordomo, hombre de malos instintos y quien temia que Nicolás, el hijo de la panadera, descubriera sus fraudes y se los comunicara al conde.

« En una granja, cerca del castillo, vivia una jovencita con su madre, la que habia desechado la proposicion de matrimonio que la habia sido hecha por el mayordomo, y este inventó un plan horrible para vengarse de la jóven y de Nicolás.

« Una noche vieron desde el castillo una llama roja que subia hasta el cielo, y comprendieron que era la granja que estaba ardiendo. Inmediatamente se dieron órdenes y se trasladó todo lo necesario para prestar socorro á los que sorprendidos en medio de su sueño, perecerian sin remedio si no se acudia prontamente; pero, ¡oh! fatalidad, la granja empezó á arder por el cuarto que ocupaba la jóven, y á pesar de todos los esfuerzos no fué posible salvarla; pereció entre las llamas, y

Nicolás, que habia acudido llevado de su buen corazon, se presentó ante el conde, negro de humo y con varias quemaduras en el rostro, manifestándole que todo habia sido inútil, y que no habia podido salvar, sino el cádaver que estaba depositado en uno de los patios, para que le dieran sepultura.

« Pero cual seria el asombro del honrado Nicolas, cuando en lugar de escuchar elogios por su comportamiento y por haber espuesto su vida, oyó decir al conde :

« — A ver que prendan á este hombre por incendiario.

« — ¡ Dios mio, ¿ qué decis?

« — La verdad ; tú creias que con la muerte de Rosa no habria quien te acusara, pues ya ves que no es así y que todo se descubre.

« El jóven estupefacto quiso replicar, pero se vió reducido á prision, sin que sus razones fueran oidas ; el infame mayordomo habia declarado al conde, en secreto, que Nicolás pretendia á la jóven, y que habiendo sido rechazado por ella, tomó venganza prendiendo fuego á la granja, y que él mismo le habia visto escalar el cuarto de Rosa para introducir el combustible.

« Como el mayordomo, hace que está en la casa muchos años, ha sido creido, y el jóven jime en una prision interin su pobre madre está enferma

de dolor; si te es posible ven, para que en la ciudad próxima defiendas á Nicolás y le salves si es posible, pues está inocente.

« Tu fiel

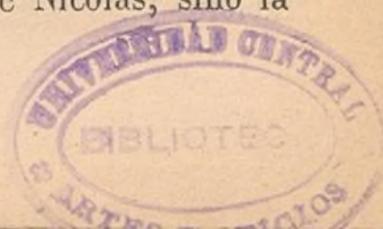
« EUGENIO. »

Apenas Antonio recibió esta carta, cuando inmediatamente se puso en camino, llegando en casa de su amigo, al que volvió á ver y á abrazar con la mayor efusion.

Juntos se personaron en casa de la viuda, y la pobre madre refirió llorando lo que ya Eugenio habia escrito á su amigo; ambos tambien fueron á la cárcel de la ciudad vecina y desde luego el jóven abogado leyó la inocencia mas completa en la honrada fisonomía de Nicolás, quien en su sencillez y no siendo él capaz de una accion semejante, aun defendia al mayordomo; pero sin embargo, su alma noble se rebelaba ante la idea de aparecer culpable.

Antonio, desde la cárcel, fué con Eugenio al castillo y habló al conde, el que, irritado por lo que él creia crimen de Nicolás, no quiso escuchar nada, y los dos amigos volvieron á su casa algo desanimados.

Entretanto llegaba el dia de verse la causa en la que nada resultaba en favor de Nicolás, sino la



honradez de su comportamiento hasta entonces y la bondad de su caracter, que jamás habia manifestado instintos malvados.

La defensa de Antonio fué enérgica y concisa, pero de tal modo estaba convencido de la inocencia de su defendido, que aquella misma conviccion se comunicó á los jueces.

Antonio acusaba al mayordomo, el defensor de este, empleando como argumento, el largo tiempo que llevaba en el castillo, desfiguraba la maldad de su carácter, presentándole como hombre de impulsos vivos sí, pero no capaz de llevar á cabo un crimen.

Los jueces vacilaban y casi se veian obligados á condenar á Nicolas, puesto que el conde mismo apoyaba la acusacion; por último la sentencia fué redactada y ya se iba á firmar, cuando dos niños como de once á doce años, se presentaron timidamente.

—¿Quien sois? les preguntó el juez.

— Señor, dos pastores del castillo.

—¿Y qué quereis?

— Nos han dicho que se llamaba á todos los criados para decir la verdad en lo del fuego de la granja, y nosotros hemos creido que seria pecado no venir y decir lo que habiamos visto.

— Pronto, pronto, dijo el juez, tomarles declaracion.

Los dos pastorcitos se echaron á llorar, pues al ver la espresion de la fisonomía del juez, temieron haber hecho mal: pero ya repuestos por las palabras cariñosas que les dirigian, empezaron su declaracion.

— Nosotros, dijeron, estabamos aquella tarde sentados á orillas del arroyo, que como sabeis, señor, pasa por delante de la puerta de la granja; unos jarales nos ocultaban y cuando vimos llegar el anochecer nos dispusimos á regresar á nuestra vivienda; pero en aquel momento sentimos pasos y un hombre, alto, delgado, á quien no podiamos ver la cara por la oscuridad que habia, pasó por nuestro lado y acercándose á la ventana del cuarto que era de la Rosa, tiró una cuerda y subió por ella.

— Continuad; ¡oh! estos niños son la mano de Dios, dijo Antonio casi al mismo tiempo que el juez.

— Llevaba en la mano una mecha, al llegar á la ventana como está tan baja, le vimos entrar, ir hasta la cama y poner la mecha entre los colchones.

— ¡Qué horror!

— Despues volvió á salir y olvidándose de quitar la cuerda pasó de mano por delante de nosotros y entonces con la luna le vimos la cara.

— ¿Quién era?

—El mayordomo del señor conde.

Un grito se escapó de todos los labios, un inmenso grito de indignacion, el conde fué el primero que corrió hácia Nicolas, y tomándole por la mano, lo estrechó en sus brazos diciendo.

— ¡Pobre niño! te habia calumniado, sin motivo he sido injusto y has padecido por mí, pero te aseguro que te daré pruebas de que sé apreciar tu honradez; ¡y aun defendias á tu enemigo!

Todos felicitaron á Nicolás y le condujeron casi en triunfo, mucho mas cuando el mayordomo, al verse preso, declaró todo, pues los criminales son cobardes, y queriendo hacer ese mérito, para que el castigo fuera menor, confesó su delito.

La madre de Nicolas fué trasportada al castillo; donde la cuidaron con el mayor esmero, logrando, que al poco tiempo estuviera repuesta, y entonces el conde la encargó la direccion de su casa y á Nicolás le hizo su mayordomo.

El jóven era tan bueno que padecia sinceramente al reflexionar en la suerte que le aguardaba á su enemigo, el que tenia una madre enferma, y tanto pensó en esto que poniendo en práctica aquellas sublimes palabras de Jesucristo, cuando en la cruz dijo : Perdonadlos, Señor, que no saben lo que hacen, determinó salvarlo, por su pobre madre.

Una noche fué á la carcel y pidió ver al preso;

se lo concedieron y cuando estuvo en su presencia, le dijo :

— Teneis una madre anciana, que morirá de dolor el dia en que os condenen á presidio.

— ¡Y bien, qué quereis decir con eso?

— Que vengo á salvaros.

— Cómo, exclamó aquel hombre no comprendiendo el que le devolvieran bien por mal.

— Sí, aquí teneis una lima para los barrotes de esa ventana; á las doce de la noche, os esperaré mañana y os daré los medios para que huyais á Francia.

Efectivamente, dos dias despues, habia desaparecido el preso, y solo su madre sabia su paradero y Nicolas, el que sostenia á la pobre anciana.

Algunos años despues, murió un hombre en el hospital de Lyon, de resultas de una caida, desde el pescante del coche que iba conduciendo; este hombre era el antiguo mayordomo, quien al morir declaró la generosa accion de Nicolas.

En cuanto á Eugenio y Antonio, su vida fué un tejido de virtudes, siendo bendecidos por todos los que los conocian. Eugenio era el padre de sus enfermos, socorria á los unos, ayudaba á los otros, hacia mejoras en el pueblo, fundaba escuelas y un hospital, y sobre todo trataba de fomentar el cariño y union entre los niños, alejando la envidia y las rencillas que enjendran malas pasiones

y cuyas consecuencias son funestas para el porvenir.

Antonio era el abogado de los pobres, y allí donde habia una injusticia que defender se presentaba él, siempre dispuesto en favor de los desgraciados.

Todos los años el día de Reyes se reunian los dos amigos con sus familias respectivas, y Eugenio tenia particular placer en colocar en el centro de la mesa, los recibos firmados por su amigo y que les habian salvado la honra y el porvenir.

En cuanto al pobre perro murió de viejo al lado de Eugenio.

FIN



ÍNDICE

El broche de topacios.	5
La heredad bendecida.	19
La corte y la aldea.	33
Sor Teresa.	61
El angel del Guadalquivir.	94
Llegará tiempo.	105
Mariquita.	115
Los hijos del leñador.	121
Fernando.	135
El dia de Reyes.	155

